

Capricornio

bibliografía

CORRADO ALVARO: "LA EDAD BREVE", por Gregorio Selser. — JORGE D'URBANO: "COMO ESCUCHAR UN CONCIERTO", por Jorge Araújo Badí. — MUNDIN SCHAFFTER: "TODO ES DIOS", por Máximo Fresero. — NAZIM HEKMET: "POEMAS", por Horacio Raúl Klappenbach. — ROMAIN ROLLAND: "INDIA", por Bernardo Ezequiel Korembli.

1953

sumario:

- Albert **CAMUS** Carta a Jean-Paul Sartre
Italo **CALVINO** Llevado al comando
Bernard **DORT** C. Virgil Gheorghiu o el testigo inocente
René **DEPESTRE** Poema de mi patria encadenada
Héctor **BIANCIOTTI** Madre coraje y sus hijos
Henry **MILLER** Los niños del mundo

revista general

testimonios El trabajo forzado en EE.UU.

J. D. **KOHON** "Pacto siniestro" y "El ladrón".

tesoro del bibliófilo

No deje de leer

LAS ESTRELLAS SON TESTIGO

por
BERNARD GOLDSTEIN

Nada más dramático, heroico y trágico que la batalla de los judíos en el ghetto de Varsovia durante los años que duró la ocupación alemana. Fué aquélla una lucha de todos los minutos, en la que nada importó la inmolación de las vidas por la defensa de la causa, y en la que fué preciso recurrir a cuanto recurso arbitrara la inteligencia, la bravura y la astucia del hombre. Sabido es que del medio millón de judíos que habitaban la Varsovia de preguerra, sólo diez mil sobrevivieron. Bernard Goldstein es uno de ellos, y sin embargo su libro no constituye la narración de ese exterminio despiadado, sino, al decir de Irving Stone, "es un relato heroico, que tendrá un puesto permanente entre cuanto se escriba acerca del coraje del hombre". Este libro resulta, pues, un verdadero documento, para ser leído y recordado por cuantos aman y defienden la libertad humana.

Precio: \$ 25.—

JERUSALEN LLAMA

por
PIERRE VAN PAASEN

En esta obra, inédita en nuestro idioma, su autor observa la escena internacional desde Jerusalén y el Cercano Oriente.

A pesar del caos reinante y de la aparente muerte de toda esperanza, Van Paassen cree que sí hay una solución, una manera de que el mundo se salve a sí mismo. Irgulándose entre los muertos, Jerusalén hará oír su voz, una y otra vez, para recordar a la humanidad que la violencia no puede dominar siempre, y que las fuerzas del espíritu terminarán por prevalecer. Para fundamentar su opinión el autor relata la historia de la Ciudad Santa a través de los siglos, desde los tiempos en que era una insignificante fortaleza Judesita hasta su extraordinario florecimiento actual: una trayectoria conmovedora y edificante.

Precio: \$ 30.—

Pídalos en su librería

ACERVO CULTURAL / EDITORES

Anchorena 870

Buenos Aires

CAPRICORNIO

Revista de literatura, arte y actualidades. Dirige: Bernardo Kordon. Marca Registrada Nº 309.191. Registro de Propiedad Intelectual Nº 426.224. Córdoba 2752, Buenos Aires

Año I

Buenos Aires, septiembre y octubre de 1953

Nº 2

POLEMICA

Carta a Jean Paul Sartre, director de "Les Temps Modernes"

por ALBERT CAMUS

Señor Director:

Tomaré por pretexto el artículo que, bajo un título irónico, me ha dedicado su revista, para someter al juicio de sus lectores algunas observaciones referentes al método intelectual y a la posición que se pone de manifiesto en este artículo. Esta posición, de la cual, estoy seguro, usted se hace solidario, me interesa en efecto más que el artículo mismo de cuya debilidad estoy sorprendido. Obligado a referirme al mismo constantemente, sólo lo haré después de aclarar que no lo considero un estudio, sino más bien un objeto de estudio, quiero decir, como un síntoma. También me excuso de la necesidad de ser tan extenso como usted lo fuera. Sólo trataré de ser más claro.

Mi esfuerzo será demostrar cual puede ser la real intención de su colaborador cuando lleva a la práctica la omisión, tergiversa la tesis del libro que se propone criticar y fabrica para el autor una biografía imaginaria. Una cuestión que es secundaria sólo en apariencia, puede ya colocarnos en vía de una interpretación. Esta se refiere a la buena acogida que debió tener mi libro en la prensa de la derecha. Este asunto en sí, sólo me hubiera afligido un tanto. No se juzga la verdad de un pensamiento según se coloque a la derecha o a la izquierda, y menos aún de acuerdo

a lo que la derecha o la izquierda pueden hacer de él. Si así fuese, Descartes sería stalinismo y Peguy adoraría a Pinay. En fin, que si me pareciera que la verdad está por la derecha, allí estaría yo con ella. Es decir que no comparto sus inquietudes (ni las de *Esprit*) a este respecto. Pero, por otra parte, estas inquietudes me parecen prematuras. En efecto, ¿cuál ha sido la actitud de la prensa llamada de derecha? Para citar una página que está muy por encima de las clasificaciones políticas, diré que he sido honrado con una ración de injurias en *Rivarol*. Por el lado de la derecha clásica, *La Table Ronde*, con la firma de Claude Mauriac, ha formulado reservas tanto sobre mi libro como sobre la estimación de mi carácter (si bien es cierto que nunca he respaldado con mi nombre el inmundio artículo que usted recordará y que apareció en *Liberté de l'Esprit*, bajo la dirección del mismo Claude Mauriac. Y si lo hubiese hecho por despecho, vea usted hasta qué grado soy soberbio, de inmediato y públicamente, me hubiese excusado.) *Liberté de l'Esprit* justamente (pero es cierto que se trata de la derecha no clásica), no me ha tratado bien, consintiendo, esta vez, sólo en no hacer alusión, y para sacar una ventaja, en el supuesto estado de mi sistema respiratorio. Sólo estos tres ejemplos son suficientes para invalidar la tesis que sostiene su colaborador. Sigue en pie el que mi libro haya sido ponderado a veces por los cronistas literarios de los periódicos llamados burgueses. En verdad, revelo aquí toda mi vergüenza. Pero, al fin de cuentas, los mismos diarios ciertas veces han recibido bien a los libros de los escritores de *Temps Modernes* sin que estos últimos hayan sido acusados de convivencia con el señor Villiers. En la sociedad en que todos vivimos, y en el estado actual de la prensa, ninguna de mis obras podrá jamás merecer el beneplácito de su colaborador, según me temo, salvo que sea recibida por una andanada de injurias y una pronunciada y unánime condena. A decir verdad, esto ya me ha ocurrido, y que yo sepa, mi censor de hoy no ha gritado su admiración.

Ya que me compadece porque recibo inmerecidas y funestas injurias de los malintencionados amigos, ¿he de pensar que caemos en la frivolidad? No, pues esta misma actitud es de por sí significativa. En realidad su colaborador no puede dejar de pensar que no existen fronteras precisas entre el hombre de derecha y la crítica del marxismo dogmático. En su opinión, estos dos tienen un punto común, o entonces se opera una siniestra confusión. Quien no es marxista, franca o vergonzosamente, se encamina o toma aliento en las derechas, esta es la primera suposición, consiente o no, del método intelectual que es tema de esta carta.

Tal axioma no puede acomodarse a la posición franca que *El Hombre en Rebelión* toma con respecto al marxismo y este es el primer blanco que en mi libro apunta su colaborador. Así pues era necesario desvalorizar esta posición demostrando que, confirmando el axioma, esta lleva a los infiernos reaccionarios, siempre que no provenga de ellos. Como esto es difícil, y más particularmente para los redactores de *Temps Modernes*, el decirlo frente a frente, ya comienzan las inquietudes con respecto a quienes frecuento, aún involuntariamente.

Si esta interpretación es correcta, ella permite comprender en gran parte su (1) artículo. En efecto, no siendo aún posible clasificarme en la derecha, por lo menos será posible mostrar mediante el examen de mi estilo o el estudio de mi libro que mi actitud es irreal, antihistórica e ineficaz. Luego me será aplicado el autorizado método, que parece hacer furor entre los escritores de la libertad, para demostrar que, según Hegel y Marx, esta actitud sirve objetivamente a la reacción. Simplemente, como el libro y su autor simultáneamente se oponen a esta demostración, valientemente su colaborador ha rehecho mi libro y mi biografía. Secundariamente, y como es muy difícil encontrar hoy en mi actitud pública argumentos en favor de su tesis, se ha dirigido, para alcanzar algún día la razón, hacia un porvenir que me ha fabricado totalmente y que me cierra la boca. Procurémos seguir en detalle este interesante método.

En primer lugar el estilo. Su artículo denuncia, demasiado generosamente, un "éxito más o menos perfecto", pero de inmediato lo deplora. Ya *Esprit* lamentaba este estilo y sugería con menos precauciones, que *El Hombre en Rebelión* había podido seducir a los seres de derecha mediante sus ritmos "felices". Sólo al pasar haré notar que resulta chocante para los escritores del progreso, el que se deja entrever que el buen estilo es patrimonio de la derecha y que los hombres de izquierda deben, por virtud revolucionaria, escribir en jergonza o lunfardo. En primer lugar haré notar que de ninguna manera comparto la opinión de su colaborador. Por mi parte, no estoy muy seguro de que *El Hombre en Rebelión* esté tan bien escrito, pero quisiera que lo estuviese. Y hasta puedo decir que, si es cierto que mis pensamientos son inconsistentes, aquello es tanto mejor, ya que así bien escrito, el mal será menor. En efecto, suponed que tengáis que leer pensamientos confusos en un estilo incomprensible, ¡qué horror! Pero la

1 En francés: votre: de usted, o, de ustedes; repetido en toda la carta y al que hará referencia Sartre en su respuesta.

realidad es que a su colaborador poco le preocupa mi estilo, ni el suyo propio, y su intención constante se ve a las claras. Utiliza, en efecto, mi propio análisis del arte formal y del arte realista. Pero lo vuelve en contra mía. Sin embargo debo decir que mi crítica del arte formal se refería, según la más estricta de las definiciones, a las obras que son puras investigaciones de forma y en las que el tema sólo es un pretexto. Me parece difícil aplicarlo, si no se tiene una tremenda dosis de desvergüenza, a un libro cuyo único tema es la rebelión y el terror en nuestros tiempos. No obstante, era necesario prever una posible objeción: Mi libro se situaba directamente en medio de la historia actual para elevar una protesta, y que por consiguiente, aunque modesto, era un acto. Anticipadamente, su artículo responde que en efecto hay una protesta, pero que es "¡demasiado hermosa y demasiado soberana" y que en todos los casos mi estilo tiene el inmenso defecto de no presentar ninguna "baba de la existencia" (sic). Entendamos que escribir bien (o por lo menos lo que su colaborador llama de esta manera) es como privarse de existencia, aún bajo la forma de babas, alejarse de la vida a la que sólo podemos acercarnos mediante fallas de sintaxis lo cual es la señal de la verdadera pasión, y aislarse lejos de las miserias humanas en una isla de frialdad y pureza. Bien se ve que este argumento tiene ya por objetivo, de acuerdo con lo que expresé, el aislarme de toda realidad. Mediante mi estilo, que es el propio del hombre, estoy ahora, a pesar mío, condenado a la torre de marfil donde los soñadores de mi tipo contemplan sin reaccionar los inexpiables crímenes de la burguesía.

Luego se efectúa la misma operación con el libro en sí, al que se procurará, contra toda evidencia, convertir en un manual antihistórico y en catecismo de los abstencionistas. Entonces serán utilizados los escritos canónicos (quiero decir Hegel y Marx) para mostrar que, a pesar de mi crítica a fondo de la moral formal propia de la burguesía, este irrealismo sirve en realidad al pensamiento reaccionario. El primer obstáculo para esta demostración es la obra que precedió al *Hombre en Rebelión*. Es difícil acusar de "trascendentalismo" a una obra que, buena o mala, sigue muy de cerca nuestra historia. Su artículo demuestra pues, que esta obra *tendía* a elevarse hasta las nubes y que el *Hombre en Rebelión* sólo viene a coronar, en medio de un coro ineficaz de ángeles anarquistas, esta culpable e irresistible ascensión. Naturalmente, el mejor modo de hallar esta tendencia en mi obra, es una vez más, otorgándosele. Su artículo dirá, pues, que mientras *El Extranjero* era relatado mediante una "subjetividad concreta" (me excuso por este lenguaje), los acontecimientos de *La Peste*

son vistos mediante una "subjetividad fuera de situación" que "no los vive en sí mismos limitándose a contemplarlos". Cualquier lector, hasta el más distraído, de *La Peste* y con la sola condición de leer el libro hasta el final, logra saber que el narrador es el doctor Riux, héroe del libro y que es pagado para conocer aquello de que habla. Bajo la forma de una crónica objetiva escrita en tercera persona, *La Peste* es una confesión tanto más íntegra cuanto el relato es más indirecto. Naturalmente, puede decirse que este pudor es desembarazo, pero entonces podría suponerse que la obscenidad es la única prueba del amor. *El Extranjero*, al contrario, bajo la forma de un relato en primera persona, es un ejercicio de objetividad y de desprendimiento, tal como, después de todo, lo indica su título. Por otra parte, su colaborador está tan poco persuadido de la legitimidad de su tesis¹, que en el primer párrafo, atribuye a los personajes de *La Peste* lo que desdeñosamente llama una moral de Cruz Roja, olvidando explicar cómo pueden estos desdichados poner en práctica una moral de Cruz Roja mediante el solo ejercicio de la contemplación. Ciertamente puede pensarse que el ideal de esta estimable organización carece de coronilla (al fin de cuentas puede hallárselo en una confortable oficina de redacción), pero no puede negársele el apoyarse por una parte en un cierto número de valores y preferir, por otra parte, una cierta manera de acción a la simple contemplación. Pero ¿para qué insistir en esta prodigiosa confusión intelectual? Después de todo, a nadie, excepto en su revista, se le ocurrirá negar que, si hay evolución desde *El Extranjero* a *La Peste*, esta ha sido realizada en el sentido de la solidaridad y la participación. Decir lo contrario es mentir o soñar. Pero, ¿de qué otra manera he de probar contra toda realidad que me he desentendido de la realidad y de la historia?

Partiendo de esta manera de una hipótesis enteramente falsa, pero cómoda, sobre el contexto de una obra, su colaborador pasa finalmente al *Hombre en Rebelión*. Sería más justo decir que lo hace pasar a él. En efecto, ha rechazado enérgicamente la discusión de las tesis centrales que pueden encontrarse en la obra: La definición de un límite que se lleva a la luz del día por el movimiento mismo de la rebelión, la crítica del nihilismo posthegeliano y de la profecía marxista, el análisis de las contradicciones dialécticas frente al objeto de la historia, la crítica de la noción de culpabilidad objetiva, etc. En cambio, discute a fondo una tesis que no existe en el libro.

¹ Su artículo, asimismo, multiplica curiosamente las irresoluciones. "No es muy seguro que", "como hemos de dejar de pensar que", "a penas si logro deshacerme de tal interpretación", "no consigo tener seguridad", etc.

Al tomar en primer lugar el pretexto de mi método, afirma que yo rechazo todo papel a lo económico y a lo histórico¹ en la génesis de las revoluciones. En verdad, no soy tan tonto, ni tan falto de cultura como para esto. Si en una obra yo estudiara exclusivamente la influencia de la comicidad griega en la obra de Molière, esto no significaría que negase las fuentes italianas de su obra. En *El Hombre en Rebelión* he emprendido un estudio de aspecto ideológico de las revoluciones. No sólo estaba esto dentro de mis más absolutos derechos, sino que quizá hubiera también cierta urgencia en hacerlo, en esta época en que la economía es el pan nuestro de cada día, y cuando cientos de volúmenes y publicaciones atraen la atención de un público demasiado paciente, sobre los fundamentos económicos de la historia y la influencia de la electricidad sobre la filosofía. Todo cuanto *Temps Modernes* hace día tras día con tanta buena voluntad, ¿por qué había de rechazarlo yo? Es necesario especializarse. Sólo he demostrado, y lo mantengo, que hay en las revoluciones del siglo XX, entre otros elementos, un evidente intento de divinización del hombre y he deseado aclarar especialmente este tema. Estaba autorizado a ello mediante la única condición de anunciar claramente mi propósito, lo cual fué hecho. Esta es mi frase: "El propósito de este análisis no es el de hacer la descripción, cien veces emprendida, del fenómeno revolucionario, ni de rehacer el censo de las causas históricas o económicas de las grandes revoluciones. Sólo trata de hallar en algunos hechos revolucionarios la lógica consecución, las ilustraciones y los temas constantes de la (rebelión metafísica)". Su colaborador, al citar esta frase, "no deja", tales son sus palabras, de tenerlas en cuenta, deduce que esta modestia de tono oculta la mayor ambición y declara que no niega en realidad todo cuanto yo no digo. Me desinteresaría en particular, y en provecho de la elevada teología, de las miserias de aquellos que tienen hambre. Algún día contestaré esta indecencia. Sólo dejo constancia aquí, y para mi consuelo, que un crítico cristiano, muy al contrario ha podido reprocharme el descuido de las "necesidades espirituales" del hombre, reduciéndolo a sus "necesidades inmediatas". Y aún más hago notar, y esta vez para mi completa tranquilidad, que mi método está justificado por autoridades que su colaborador no podría recusar, me refiero a Alexandrov y Stalin. En efecto, el primero señala en la *Leteratournaïa Gazeta* que el segundo ha reaccionado contra la interpretación demasiado estricta de la superestructura y ha demostrado con todo

¹ Su colaborador y de manera puramente gratuita, me hace llamarlas "causas vulgares". Vulgar, es la calidad de tal argumento.

éxito el papel principal que desempeñan las ideologías en la formación de la conciencia social.

Esta opinión de peso me ayuda a sentirme menos solo en el método que he elegido. Pero después de todo creo que su artículo no se refería realmente a mi método. Sólo quería dejarme fuera de circuito una vez más y demostrar que mis propios prejuicios me alejaban de la realidad. La desgracia es que por el mismo efecto de las circunstancias el método de su colaborador se pone en juego y lo aleja de los textos, los cuales, al fin y al cabo, son formas de la realidad. Por ejemplo he escrito "que se podía admitir que la determinación económica desempeñaba un papel capital en la génesis de las acciones y de los pensamientos humanos", rechazando sólo el creer que este papel fuera exclusivo. El método de su colaborador consiste en decir a continuación que yo no admito el papel capital desempeñado por la determinación económica y que "con toda evidencia" (no se trata aquí de creer en una evidencia interior), yo no creo en las infraestructuras. De tal manera, ¿por qué criticar un libro si no se está decidido a tener en cuenta lo que en él puede leerse? Este procedimiento, constante en su artículo, suprime toda posibilidad de discusión. Afirmando que el cielo es azul, si usted me hace decir que es negro, no me queda más salida que el reconocer que estoy loco o bien hacerme el sordo frente a mi interlocutor. Felizmente, queda el estado real del cielo, y en esta oportunidad, la tesis discutida, y por ello se hace necesario el examen de las razones de su colaborador para determinar sobre mi locura o de su sordera.

No me parece ser un sordo, sino preferentemente alguien que no quiere entender. Su tesis es simple: es negro porque dije que era azul. Lo esencial de su artículo se reduce, en efecto, a la discusión de una posición que no sólo yo no hice mía, sino que he discutido y combatido en mi libro. La resume de esta manera, aunque el *Hombre en Rebelión* la desmienta por completo: todo el mal se encuentra en la Historia, y todo el bien fuera de ella. En este punto se hace necesaria mi contestación y he de decir con toda tranquilidad que tales proceder son indignos. Que un crítico que se supone calificado, hable en nombre de una de las revistas importantes del país, presentando como tesis de un libro una proposición contra la cual una parte del libro está dirigida, ofrece un concepto indignante del desprecio que se tiene hoy por la simple honestidad intelectual. Pues se hace necesario pensar en aquellos que, al leer el artículo, no puedan o no tengan

¹ Votre: de usted, o, de ustedes.

tiempo de ir al libro y se crean ya suficientemente informados. Lejos de estar informados, habrán sido engañados y su ¹ artículo les habrá mentido. El *Hombre en Rebelión*, en efecto, se propone —cerca de un centenar de citas podrán probarlo cuando sea necesario—, demostrar que el antihistorismo puro, al menos en el mundo actual, es inoportuno como el puro historismo. He escrito, para aquellos que deseen leerlo, que quien sólo cree en la historia se dirige hacia el terror, y que aquel que no cree en nada de ella, autoriza el terror. Se ha dicho en el libro, que existen “dos especies de ineficacias, la de la abstención y la de la destrucción”, “dos especies de impotencias, la del bien y la del mal”. Final y especialmente se ha demostrado que “negar la historia es como negar lo real” de la misma manera, ni más ni menos, que “nos alejamos de lo real al querer considerar la historia como un todo que no se basta a sí mismo”. ¡Pero para qué los textos! Su colaborador no se preocupa por ellos. El está cómodo en la historia y no en la verdad. Cuando escribe, dando la impresión de resumir “Desde el momento que los principios eternos, los valores no encarnados son puestos en duda, desde el momento que la razón se pone en movimiento, el nihilismo triunfa”, me ofrece la elección entre su incompetencia o su malevolencia. En realidad, una se agrega a la otra. Quienquiera que haya leído seriamente el libro (y mantengo a su disposición las citas) sabe que para mí, el nihilismo coincide con los valores descartados y formales. La crítica de la revolución burguesa y formal, del 89, es paralela en mi libro a la de la revolución cínica del siglo XX y está demostrado que, en ambos casos, aunque por opuestos excesos, ya sea porque los valores estén colocados más allá de la historia, ya sea porque están absolutamente identificados, el nihilismo y el terror se justifican. Al suprimir sistemáticamente uno de los aspectos de esta doble crítica, su redactor santifica su tesis pero sacrifica sin pudor la verdad.

La verdad que hay que volver a decir y reafirmar frente a su artículo, es que mi libro no niega la historia (negación que estaría desprovista de sentido) sino que solo critica la actitud que lleva como finalidad el convertir a la historia en un absoluto. Así pues no se descarta la historia, sino un punto de vista, un modo de encarar el espíritu frente a la historia; no la realidad, sino, por ejemplo, el crítico de usted y su tesis.

Por otra parte, esta última reconoce que algunos de mis textos van contra esta tesis. Pero sólo se pregunta, mediante qué sortilegio estos textos no cambian en nada su convicción. En efecto es un milagro. Y podrá juzgarse de su alcance al saber que no son sólo dos o tres textos los que van

en contra de esta inquebrantable convicción, sino el libro íntegro, su proceso, sus análisis, y pido perdón a Hegel de quien doctoralmente se me recitan tres páginas referentes a los inconvenientes del corazón, su profunda pasión. Un crítico sagaz y leal, en todo caso, en vez de tratar de ridiculizar una tesis imaginaria, se hubiera confrontado con mi verdadera tesis: la que quiere que la función de la historia en sí misma concluya en un nihilismo. Y entonces hubiera procurado demostrar que la historia puede procurar por sí misma valores que no son solo la fuerza, o también hubiese tentado demostrar que se puede nadar en la historia sin hacer llamado a valor alguno. No creo que estas demostraciones sean fáciles. Pero no he de creer que sean imposibles para espíritus mejor dotados que el mío. El intentar lo hubiera hecho progresar, al menos, a todos y a decir verdad lo deseo como usted. Su colaborador ha preferido suprimir la historia en mi razonamiento para poder acusarme más fácilmente de suprimirla en la realidad. La operación no es fácil, y fué necesario utilizar un método de torsión incompatible con la idea que me he hecho de una labor calificada. Haré un resumen dándole un ejemplo definitivo de este método. En efecto su crítico me hace escribir que el existencialismo (como el stalinismo) es prisionero de la historia. Entonces triunfa con poco esfuerzo al endosarme ese lugar común de que somos todos, y yo en primer lugar, prisioneros de la historia y que no se me ocurre tomar poses de emancipado. Sin duda éstas son cosas que probablemente conozco mejor que él. Pero al fin de cuentas ¿qué había yo escrito? Que el existencialismo estaba “sometido, también él, al historismo y a sus contradicciones”. En este caso, como en toda la obra, su artículo reemplaza historismo por historia, lo cual en efecto, basta para transformar mi libro en su opuesto y a su autor en idealista impenitente. Dejo librado a su criterio el juzgar de la seriedad o de la indignidad de semejante método.

Después de esto, poco importa que su crítico examine de manera absolutamente fútil, o bromista, o desdénosa, ciertas demostraciones secundarias, ni que en su inconciencia vaya hasta el punto de retomar mis tesis para oponerlas a la tesis imaginaria que ha tomado como deber de combatir ¹. Su labor está cumplida, estoy juzgado, y mi juez también lo está. Puede decidir que demuestro mi desprendimiento de la historia, que nada

¹ Para terminar, copia en efecto ciertas páginas del *Hombre en Rebelión*, pero rehaciéndoles por su cuenta. Sólo el pensamiento íntimo no cambia. Más lejos diré cómo es esto.

empredo y que renuncio a toda eficacia. Entonces lanzará sobre mí a indochinos, algerianos, malgaches y mineros, todos entremezclados y puede también deducir que esta posición que nunca sostuvo es insostenible. Le bastará en efecto para destruir el último obstáculo de tan equitativa demostración, rehacer mi biografía para servir mejor los intereses de su tesis, explicar por ejemplo que durante largo tiempo he vivido en la euforia un poco obnubilada de las playas del Mediterráneo, que la resistencia (justificable en mi caso) me ha revelado la historia en la única condición en que me era permitido tragarla, en pequeñas dosis purificadas, que las circunstancias han cambiado y que al convertirse la historia en algo demasiado brutal para mi organismo exquisito, de inmediato empleé habilidades formales de las que dispongo, para preparar mi giro y justificar un porvenir de jubilado, amigo de las artes y de los animales. De todo corazón perdono estas inocentes tonterías. Su colaborador no debe forzosamente saber que estos problemas coloniales de los cuales nos hace suponer que le impiden dormir, me han impedido, hace ya veinte años, el ceder al total embrutecimiento del sol. Los algerianos, su pan de cada día, fueron hasta la guerra mis compañeros en un combate bien poco confortable. Tampoco está obligado a comprender que la resistencia (en la que sólo desempeñé un papel secundario) nunca me pareció una forma feliz ni fácil de la historia, así como tampoco lo piensan cada uno de aquellos, que en verdad, han sufrido, que han debido matar o fueron muertos. Sin embargo quizá fuese necesario decirle que, si bien es cierto que no estoy preparando un sagrado retiro consagrado a los placeres del arte, una actitud como ésta y otra más bien podrían impulsarme a ello. Pero en este supuesto caso, lo diría directamente y no me dedicaría a escribir unas cuatrocientas páginas para justificarme. Este método directo merecería mi estima, la cual y para terminar, no puedo conceder a su artículo, tal como usted ya lo ha comprendido. En efecto no he hallado en él ni generosidad ni lealtad hacia mí, sino y únicamente el rechazo de toda discusión profunda y la voluntad vana de traicionar la posición que no podía traducirse sin ponerse de inmediato en el caso de un verdadero debate.

* * *

Aclarado esto, ¿cómo se explica que su artículo se haya creído con derecho a tergiversar de tal manera una tesis que en mi opinión merecía, al menos si no su simpatía, por lo menos un examen honesto? Para contestar esta cuestión, me veo obligado a tomar a mi vez la posición del crítico

y dar vuelta en cierta manera la situación. En efecto, será darle vuelta el demostrar que la actitud atestiguada por su artículo se apoya filosóficamente sobre la contradicción y el nihilismo, e históricamente, sobre la ineficacia.

Comencemos por la contradicción. Resumiendo a grandes trazos, en su artículo, todo se desarrolla como si usted defendiera el marxismo, en tanto que dogma implícito sin poder afirmarlo en tanto que política abierta. En primer lugar daré las razones y luego explicaré paso a paso la primera parte de mi proposición. Sin duda usted no es marxista, como todos lo saben, en el sentido estricto del término. Sin embargo de su artículo se desprende:

1º Un esfuerzo indirecto, para derivar hacia la derecha, aún en mi caso, todo lo que es crítica del marxismo (ver lo precedente).

2º La afirmación mediante el método de reconocida autoridad, apoyado en Marx y en Hegel, que el idealismo (con el cual se trata, a pesar de mi libro, de confundirme) es una filosofía reaccionaria.

3º El silencio o la irrisión a propósito de toda tradición revolucionaria que no sea marxista. La Primera Internacional y el movimiento bakunista, que aún está vivo entre las masas de la C. N. T. española y francesa, son ignorados. Los revolucionarios de 1905 cuya experiencia ocupa el centro de mi libro son totalmente silenciados. El sindicalismo revolucionario es dejado de lado mientras que mis verdaderos argumentos en su favor, apoyados en sus conquistas y sobre la evolución puramente reaccionaria del socialismo cesáreo, son defraudados. Su colaborador escribe como si ignorase que el marxismo no inicia la tradición revolucionaria, así como tampoco la ideología alemana abre los tiempos de la filosofía. Mientras que el *Hombre en Rebelión* exalta la tradición revolucionaria no marxista, su artículo se desarrolla curiosamente como si sólo hubiera existido siempre la tradición marxista. La tergiversación que de mi tesis hace a este respecto es significativa. Postulando, sin dignarse explicar, que el sindicalismo revolucionario o cuanto se le parece no puede ser elevado a la dignidad histórica, deja pensar, contrariamente a sus antiguas posiciones, que no hay una tercera solución y que no tenemos más salida que el *statu quo* o el socialismo cesáreo; de allí llega a la conclusión, justificando así lo peor de nuestro tiempo, que la verdad en historia se identifica con el éxito. Solamente, y para terminar, el marxismo será revolucionario, porque solo él, hoy, en el movimiento revolucionario dispone de un ejército y de una policía.

Estos tres casos, de todas maneras, me autorizan a decir que su artículo está planeado como si el marxismo estuviese sostenido por un dogma implícito. Pues si es posible refutar el idealismo en nombre de una filosofía, aún relativista, de la historia, ya es más difícil hacer con ello una teoría reaccionaria sin hacer un llamado a lo material de las ideas y de los conceptos que se encuentran en Marx. Y es francamente imposible negar al socialismo no marxista, por ejemplo la moral del riesgo histórico que ha sido definida en mi libro, toda eficacia y toda seriedad, sin hacerlo en el nombre de una necesidad histórica que no se encuentra en Marx y sus discípulos. Su artículo, si pudiera enriquecer algo, sólo reforzaría la filosofía marxista de la historia.

Pero, simultáneamente, esta filosofía no está afirmada como política abierta y quiero tomar a manera de prueba, dos síntomas de traba.

1º El rehusar la real discusión de las tesis sobre Marx y sobre Hegel y tomar explícitamente posición a este respecto. Sí o no ¿hay una profecía marxista, y está hoy contradiada por hechos numerosos? Sí o no, ¿la *Fenomenología del alma* autoriza una teoría del cinismo político y por ejemplo, han habido, sí o no, hegelianos de izquierda y estos últimos han influenciado en este sentido el comunismo del siglo XX? Estas tesis, centrales en mi libro, ni siquiera están referidas en su artículo. En cuanto al primer punto, por ejemplo, no he dicho que Marx estuviese equivocado en su método crítico (muy al contrario, lo he elogiado), sino que una gran parte de sus predicciones se habían desplomado. Y esto era lo que había que discutir. Su artículo se ha limitado a hacer referencia a que yo sólo ponderaba a Marx para atacarlo con mayor fuerza¹. Dejemos de lado este absurdo demasiado metódico. Pero esta falla tiene el mismo sentido que la hecha a mis críticas marxistas. Naturalmente, ella puede significar hasta qué grado llega el desprecio de la inteligencia o de la competencia del autor de quien se habla, que hasta se niega su discusión. Y es, en efecto, el tono de superioridad que a veces, y no dudo que en justo título, se otorga su crítico. Pero entonces ¿para qué habla del autor y de su libro? A partir del momento en que lo trata, el silencio de su autor como el de los marxistas obliga a pensar que las tesis de Marx son consideradas como intocables. Pero, no pueden serlo, ya que el marxismo es también una superestructura. Si se cree en las infraestructuras así como, "con toda evidencia" cree en

¹ Digo textualmente que Marx ha mezclado en su doctrina "el método crítico más valioso y el mesianismo utópico más discutible".

ellas su revista, se hace necesario admitir que en efecto el marxismo, tras un siglo de transformaciones aceleradas en nuestra economía, debe haberse agotado por lo menos en cierto punto y puede, en consecuencia, admitir sin escándalo una crítica como la mía. No admitirlo resulta lo mismo que negar las infraestructuras y volver al idealismo. El materialismo histórico por su misma lógica, debe superarse o contradecirse, corregirse o desmentirse. De cualquier manera, quienquiera lo trate con seriedad debe criticarlo, y en primer lugar están los marxistas. Se hace pues necesario, si se lo trata, su discusión, y su artículo no lo discute. Como no puedo deducir que su colaborador trate con frivolidad una doctrina que es su alimento fundamental, me limitaré a hacer notar su irresolución, que en suma me parece aumentar en cuanto se trata de las implicaciones propiamente políticas de su tesis.

2º Silencia, en efecto, todo cuanto en mi libro se refiere a las desgracias y a las implicaciones propiamente políticas del socialismo autoritario. Frente a una obra que, a pesar de su irrealidad, estudia en detalle las relaciones entre la revolución del siglo XX y el terror, su artículo no contiene una palabra sobre este problema y a su vez se refugia en el pudor. Una sola frase, al final, sugiere que la autenticidad de la rebelión está permanentemente expuesta a temibles mistificaciones. Esto interesa a todo el mundo y a nadie, y me da la impresión de estar culpablemente plagado de esa vana melancolía que su artículo, junto con Hegel, imputa a las almas nobles. De cualquier manera me parece difícil, si se opina que el socialismo autoritario es la experiencia revolucionaria principal en nuestro tiempo, no estar de acuerdo con el terror que supone, precisamente hoy, y, por ejemplo para quedar siempre dentro de la realidad, con el hecho concentrista. Ningún crítico de mi libro, que esté a favor o en contra, puede dejar de lado este problema. Sé sin duda que el llamado a ciertas realidades en verdad demasiado temporales causa siempre alguna impaciencia a los servidores de la historia. Pero, en fin, sea cual fuere esta impaciencia, por dolorosa que fuese, no puede colocarse en la balanza con el sufrimiento, indudablemente histórico de millares de hombres, y me parecería normal, y casi valiente, que al abordar francamente este problema justificara usted la existencia de estos campos. Lo que es anormal, y traiciona su titubeo a este respecto, es que usted no hablaba de ello al hablar de mi libro, sino para acusarme de no ubicarme en el corazón de las cosas.

Me parece que ya este último permite comprender este conflicto

cuando nos habla de nuestras miras "incoregiblemente burguesas". Sin duda el plural es aquí excesivo, pero el adverbio es significativo. En efecto hay arrepentimiento en el caso de estos intelectuales burgueses que quieren expurgar sus orígenes, aunque sea al precio de la contradicción y de una violencia llevada sobre su inteligencia. En el presente caso, por ejemplo, el burgués es el marxista, mientras que el intelectual defiende una filosofía que no puede conciliarse con el marxismo. Y no es su propia doctrina la que el autor de este singular artículo defiende (ella puede defenderse por medios decentes y con el solo ejercicio de su inteligencia), sino el punto de vista y las pasiones del burgués arrepentido. Quizá esto sea así para ciertos puntos de vista patéticos. Pero aquí yo no quiero explicar ni juzgar; sólo me interesa el describir una contradicción, latente en su artículo y también confesada en el giro de una frase. Hay que decir que esta es ahora esencial. ¿Cómo no había de serlo puesto que no se podría ser verdaderamente marxista a partir de vuestros propios principios? Y si no se lo es, ¿cómo condenar tan absolutamente mi libro? Para afirmar la tesis que se limita a utilizar, su crítico debiera en primer lugar refutar los libros de la mayoría de sus colaboradores y luego ciertos editoriales de su revista. Para legitimar la posición que toma frente a mi libro, debiera demostrar, contra todos los *Temps Modernes* que la historia tiene un sentido necesario y una finalidad, que el rostro espantoso y desordenado que nos muestra, no es un señuelo, sino que al contrario, ella progresa inevitablemente, aunque con altos y bajos, hacia ese momento de reconciliación en que podremos dar el salto hacia la libertad definitiva. Aún en el caso en que declarase no admitir sino una parte del marxismo y rechazar otra, la única que pueda elegir sin contradecir sus postulados es el marxismo crítico, no el profético. Pero entonces, él reconocería el buen fundamento de mi tesis y desmentiría su artículo. Sólo los principios del marxismo profético (junto con los de una filosofía de la eternidad), pueden en efecto autorizar el rechazo puro y simple de mi tesis. Pero ¿pueden ellos ser afirmados sin contradicción y de plano en su revista? Pues, al fin y al cabo, si el hombre no tiene un fin que pueda elegirse de acuerdo con su valor, ¿cómo puede la historia, desde ya, tener un sentido perceptible? Si en efecto tiene uno, ¿por qué el hombre no haría suyo este fin? Y si así lo hace, ¿cómo puede estar entonces en la terrible e incansante libertad de que usted habla? Estas objeciones, que pueden ser desarrolladas, son, desde mi punto de vista, considerables. Sin duda no sólo son menos para su crítico

puesto que él elude totalmente la única discusión que hubiese debido interesar a *Temps Modernes*: la que concierne al fin de la historia. El *Hombre en Rebelión* trata de demostrar en efecto que los sacrificios exigidos, ayer y hoy, por la revolución marxista no pueden justificarse sino en consideración a un fin feliz de la historia, junto con la dialéctica hegeliana y marxista, cuyo movimiento no puede detenerse sino arbitrariamente, excluye este fin. Sobre este punto, sin embargo extensamente desarrollado en mi libro, su redactor no dice una palabra. Pero es que el existencialismo de que hace profesión estaría amenazado en sus fundamentos mismos si se admitiese la idea de un fin previsible de la historia. Para conciliar el marxismo, debiera en último caso demostrar esta difícil proposición: la historia no tiene fin, pero tiene un sentido que sin embargo, no le es trascendente. Esta condición peligrosa es quizá posible y solo deseo poder leerla. Pero mientras no haya sido determinada y mientras usted acepte la contradicción de que es testimonio su artículo, no escapará usted a consecuencias que me parecen a la vez frívolas y crueles. Liberar al hombre de toda traba para luego comprometerlo prácticamente en una necesidad histórica es lo mismo que quitarle en primer lugar sus razones de luchar para luego lanzarlo a cualquier partido, a sola condición de que éste no tenga más regla que la eficacia. Es entonces pasar, según la ley del nihilismo, de la extrema libertad a la extrema necesidad; no es otra cosa sino dedicarse a fabricar esclavos. Cuando, por ejemplo su redactor simula tras de haberlo largamente desvalorizado, el hacer alguna concesión a la rebelión, cuando escribe: "Mantenida viva en el corazón de un proyecto revolucionario, la rebelión puede sin duda contribuir a la salud de la empresa", puedo extrañarme al ver que se me opone este hermoso pensamiento ya que, textualmente he escrito: "El espíritu revolucionario en Europa puede también, por primera y última vez, reflexionar sobre sus principios, preguntarse cuál es la desviación que lo pierde en el terror y en la guerra y volver a hallar, junto a las razones de su rebelión, su fidelidad". Pero el acuerdo sólo es aparente. La verdad es que su colaborador quisiera que la rebelión fuese contra todo, salvo contra el partido y el Estado comunista. En efecto, él está por la rebelión, y ¿cómo no había de estarlo en la condición en que su filosofía lo describe? Pero está tentado por la rebelión que toma la forma histórica más despótica, ¿y cómo pudiera ser de otra manera puesto que por ahora esta filosofía no da ni forma ni nombre a esta extraña independencia? Si él quiere rebelarse, no puede hacerlo en

nombre de esa naturaleza humana que niega; así pues, teóricamente, lo haría en nombre de la historia, a condición, puesto que no es posible la insurrección en nombre alguno, que se trate de una historia puramente significativa. Pero la historia, única razón y única regla, estaría entonces divinizada y esto es entonces la abdicación de la rebelión frente a los que pretenden ser los sacerdotes y la Iglesia de este dios. También sería ello la negación de la libertad y de la aventura existenciales. Mientras no haya usted aclarado o desmentido esta contradicción, colonizado o proscrito el marxismo, ¿cómo no hemos de tener fundamentos para decir que usted no escapa, aunque usted esté en él, al nihilismo?

Y este nihilismo, a pesar de las ironías de su artículo, es también el de la ineficacia. Una actitud semejante acumula dos especies de nihilismo, el de la eficacia a todo precio y el de la abstención práctica. Es algo así como elegir contra la realidad un dogma realista al que se puede referir constantemente sin adherirse realmente a él. No por nada su artículo no puede abordar de frente la realidad de un texto y se obliga para criticarlo, a substituirle otro. No por nada, frente a un libro que se preocupa por entero de la situación política de Europa en 1950, su artículo no alude en absoluto a las cuestiones de la hora actual. Es que para hacer alusión a ellos, sería necesario pronunciarse, y que, si bien no es difícil para su redactor, elegir entre el racismo y el colonialismo, su contradicción le impide pronunciarse claramente en lo que se refiere al stalinismo. De tal manera, él que hace inevitable la elección, nada elige, sino una actitud de pura negatividad. Si elige, en todo caso no lo dice, lo cual es como no elegir. Parece decir que sólo se puede ser comunista o burgués y simultáneamente, sin duda para no perder nada de la historia de su tiempo, elige el estar entre ambos. Condena, en tanto que comunista, pero se disfraza de burgués. Pero no es posible ser comunista sin sentir vergüenza de ser burgués, e inversamente; al intentar estar en ambos, sólo se acumulan dos especies de trabas. De tal manera el autor de su artículo se manifiesta en una doble dificultad; una, causada por sus ojos burgueses, y la otra que le hace pasar en silencio su verdadero pensamiento y que en consecuencia le obliga a falsear el pensamiento de los demás. Así se obtiene en lugar de doctrina y de acción, un curioso complejo en que se mezclan arrepentimiento e insuficiencia. Por poderoso que sea este doble esfuerzo, no puedo pensar que pueda jamás pretender insertarse en la realidad, sino bajo la forma de sumisión. En todo caso, esto no autoriza a nadie a tomar la posición de un pro-

fesor de energía, a juzgar desde lo alto a quienes rechazan el culto de la eficacia por sí misma, y especialmente a hablar en nombre de los trabajadores y de los oprimidos. Y si es posible, ciertamente, el comprender este complejo, no se puede a pesar de todo, darle otro nombre, sino el suyo propio; una abstención, aunque privada de la modestia que debiera acompañarla y que hace fecundas ciertas abstenciones.

Incapaz de elegir entre la relativa libertad y la necesidad de la historia, en conclusión hay que temer que semejante actitud nos lleve sólo a pensar en el sentido de la libertad y a votar en él de la necesidad a cambio de presentar estos hermosos acomodos como un compromiso viril. Pero quien todo quiere ganarlo lo puede perder todo. Y su crítico, por ejemplo, me acusa sin pruebas (y aún contra las pruebas) de no querer hacer nada o emprender nada, entregándose a otra especie de locura que es de no hacer nada mediante el emprenderlo todo. Al gritar que los demás se pierden en las nubes, vuela de esta manera entre el cielo y la tierra, sin mirar a sus pies donde todas las policías trabajan. ¿En verdad ignora que las policías trabajan? No quiero siquiera averiguarlo. Aunque ya comienzo a estar un poco cansado al verme, y al ver especialmente a antiguos militantes que nunca rechazaron nada de las luchas de su tiempo, recibir sin tregua lecciones de eficacia por parte de censores que nunca se ubicaron sino en el sentido de la historia; no insistiré sobre la calidad de complicidad objetiva que supone a su vez una actitud semejante. Y puedo arriesgar aquí, en nombre de este tormento que su artículo me atribuye como prima de consuelo y que me hubiera gustado recibir en semejante ocasión, en nombre de esta miseria que suscita la voz de millares de abogados y nunca la de un solo hermano, de esta justicia que también tiene sus fariseos, de estos pueblos cínicamente utilizados para las necesidades de la guerra y del poder, de estas víctimas que se intercambian los verdugos y que son doblemente engañadas, en nombre, en fin, de todos aquellos para quienes la historia es una cruz antes de ser un tema de tesis, sí, es aquí donde arriesgaría adoptar otro lenguaje.

Pero, ¿para qué? Aunque su artículo haya pretendido ignorarlo, todos estamos en el riesgo y en el sudor, en busca de verdades. Y es por ello que no tomaré con tanta ligereza como usted un tono de condena, y limitándome a señalarle una contradicción, no prejuzgaré qué solución pudiera usted darle. Por mi parte, no tengo nada definitivo que proponer, y a veces me parece que distingo cuanto debe morir en este viejo mundo,

tanto al este como al oeste, en las doctrinas como en la historia, y todo cuanto debe sobrevivir. Tengo entonces la certeza de que nuestra labor única debiera ser la defensa de esta frágil posibilidad. Probablemente mi libro no tuviera otro sentido, y ciertamente esta carta sólo tiene ese sentido. Si su artículo sólo hubiera sido frívolo y su tono únicamente amistoso, me hubiese callado. Si al contrario me hubiera criticado severamente, pero con rectitud, lo hubiese aceptado, tal como siempre lo he hecho. Pero por razones de comodidad intelectual y en la creencia de que le sería gratuito el no hacerme justicia, su autor simuló equivocarse sobre cuanto leía y no ver los aspectos de nuestra historia que he procurado presentar. Desgraciadamente, no es a mí a quien no hizo justicia, sino a nuestras razones de vivir y de luchar y a la legítima esperanza que tenemos de sobrepasar nuestras contradicciones. Entonces mi silencio ya no fué posible. Pues nada sobrepasaremos, ni en nosotros ni en nuestro tiempo, si soportamos por poco que fuera, el olvido de nuestras contradicciones, la utilización en los combates de la inteligencia de los argumentos y un método del que por otra parte no aceptamos las justificaciones filosóficas, si consentimos en liberar teóricamente al individuo mientras admitimos prácticamente que el hombre pueda ser en ciertas condiciones esclavizado, si soportamos el ataque a todo cuanto sea fecundo y al porvenir de la rebelión en nombre de todo lo que en ella, aspira a la sumisión, si en fin creemos poder rechazar toda elección política sin dejar de justificar que, entre las víctimas, algunas deban ser citadas en la orden de la historia y otros exilados en un olvido sin tiempo. Estas hábiles distinciones, para terminar, abruma a la miseria que tan ruidosamente pretendíamos servir. No combatiremos, puede usted estar seguro de ello, a los señores insolentes de nuestro tiempo distinguiéndolos de los esclavos.

¿Qué diferencia habría en hacer distinciones entre los señores y resignarse a una preferencia que debiera entonces ser reconocida abiertamente? El hermoso método que he tratado de describir aquí, lleva en todo caso a estas consecuencias que sin duda puede usted rechazar tal como lo hiciera hasta ahora, pero a condición, y esto resume mi carta, de rechazar abiertamente el método mismo y sus vanas ventajas.

Traducción de Judith Coin

Italo Calvino

Entre las manifestaciones de la extraordinaria vitalidad del pueblo italiano que, después de largos años de opresión, pudo al fin comenzar a buscar el camino de la libre expresión en 1945, la literatura ocupa un puesto principal. En la eclosión de las letras italianas que se produjo apenas terminada la guerra tuvieron participación notable los escritores de la más joven generación.

Se dió así, en forma reiterada, el fenómeno del escritor novel que alcanzaba la fama con su primer libro.

Tal fué, entre otros, el caso de Italo Calvino. El sentiero dei nidi di ragni (El sendero de los nidos de arañas), obra de primerísima juventud, lo colocó de inmediato en el grupo de los escritores que despiertan el más vivo y permanente interés.

Realista, en amplio y valedero sentido, Calvino escribió en El sentiero la crónica de un episodio de la resistencia italiana, con tal acento de verdad y fuerza de expresión, con tal seguridad para no deslizarse por la fácil pendiente del "pintoresquismo" que produjo en críticos y lectores la impresión más favorable. Sin embargo, muchos no se atrevían a considerar todavía a Italo Calvino como un valor de primera magnitud en las letras italianas. El primer libro, tal vez autobiográfico, no podía ser garantía de que no se tratase de una veta fácilmente agotable. No siempre la paz puede proporcionar los temas brillantes que suministra la guerra.

En los cinco años que siguieron a la aparición de El sentiero, Italo Calvino ha publicado otras dos obras y ha pasado ya de ser una promesa.

El visconte dimezzato (El visconde partido) es un largo cuento fantástico cuyo particular encanto reside en el tratamiento "realista" de un tema irreal y por momentos absurdo. El hecho mismo de haber situado la acción, que se desenvuelve en una época imprecisa y extraña, en el paisaje de su Liguria natal, tan familiar y entrañablemente sentido por él, permite a Calvino dar vida y fuerza a personajes que, de otro modo, hubiesen resultado inverosímiles.

El tercer libro de Italo Calvino es un volumen de cuentos: Ultimo viene el corvo (Al final llega el cuervo) al que pertenece el que publicamos.

Cada una de las páginas que Italo Calvino ha escrito —casi siempre impregnadas de benévola ironía y poética esperanza— es un puente tendido hacia la comprensión de los seres humildes.

C. R.

LLEVADO AL COMANDO

Cuento de *ITALO CALVINO*.

El bosque era ralo, casi destruído por los incendios, gris en los troncos quemados, rojizo en las agujas secas de los pinos. El hombre armado y el hombre sin armas venían descendiendo en zig-zag entre los árboles.

—Al comando —decía el hombre armado—. Vamos al comando. Media hora de camino, para decir mucho.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—Digo si después me dejan ir —dijo el hombre desarmado; a cada respuesta se ponía a escuchar con atención, sílaba por sílaba, como si buscara una nota falsa.

—Seguro que lo dejan ir —dijo el hombre armado—. Yo entrego el documento del batallón, ellos anotan en el registro y entonces usted puede volver a casa.

El hombre desarmado movía la cabeza, se hacía el pesimista.

—Eh, son asuntos largos, comprendo... —decía, tal vez sólo para sentirse repetir:

—Lo dejarán enseguida, le digo.

—Había calculado —agregó—, había calculado estar en casa para esta noche. Paciencia.

—Yo le digo que llegará —respondió el hombre armado—. El tiempo para hacer el acta, después lo dejan. Es muy necesario que cancelen su nombre del registro de los espías.

—¿Tienen el registro de los espías?

—Seguro que lo tenemos. Todos aquellos que hacen de espías, nosotros lo sabemos. Y los apresamos uno por uno.

—¿Y mi nombre está apuntado ahí?

—Ya. También estaba su nombre. Ahora es muy necesario que lo cancelen, si no usted se arriesga a ser apresado de nuevo.

—Entonces es necesario, propiamente, que vaya yo allá, que explique a ellos toda la historia.

—Es por eso que estamos yendo. Es muy necesario que examinen, que controlen.

—Pero al presente —dijo el hombre sin armas—, al presente ustedes lo saben que soy de los vuestros, que no he hecho nunca de espía.

—Eso es. Al presente lo sabemos. Ahora puede estar tranquilo.

El desarmado asentía y miraba a su alrededor. Estaban en un gran claro, con pinos y alerces secos, muertos por los incendios, y obstruídos

por las ramas caídas. Habían abandonado, reencontrado y vuelto a tomar el sendero, andaban como al azar por entre los ralos pinos, atravesando el bosque. El hombre desarmado no reconocía los lugares, la tarde subía con sutiles láminas de niebla, en lo bajo el bosque se espesaba dentro de la oscuridad.

El alejarse del sendero le causaba inquietud; probó —en vista de que el otro parecía caminar al azar—, a doblar hacia la derecha, donde tal vez proseguía el sendero: el otro dobló también a la derecha, como al azar. Puesto que él continuaba siguiéndolo, volvía a tomar a izquierda o a derecha, según fuera más fácil el camino.

Se decidió a preguntar:

—¿Pero dónde es el comando?

—Allí vamos —respondió el armado—. Ahora lo verá.

—¿Pero en qué lugar, en qué región, poco más o menos?

—¿Cómo es que se dice? —respondió—. El comando no se dice que está en un lugar, en una región. El comando está donde está el comando. Usted comprende.

Comprendía; era un hombre que comprendía las cosas, el hombre desarmado. Con todo preguntó:

—¿Pero no hay un camino para ir allí?

El otro respondió:

—Un camino. Usted comprende. Un camino siempre va a algún lugar. Al comando no se va por los caminos. Usted comprende.

El desarmado comprendía, era un hombre que comprendía las cosas, un hombre astuto.

Preguntó: —¿Usted va a menudo al comando?

—A menudo —dijo el armado—. Voy a menudo.

Tenía una cara triste, sin mirada. Conocía poco los lugares: de cuando en cuando parecía que se hubiese perdido, y sin embargo seguía caminando como si no le importase.

—¿Y es porque está de turno para la *corré*, hoy, que lo han mandado a acompañarme?

—Es un trabajo que me corresponde a mí, el de acompañarlo —respondió—. Yo acompaño a la gente al comando.

—¿La estafeta es usted?

—Eso es —dijo el hombre armado— la estafeta.

“Una extraña estafeta —pensaba el desarmado— que no conoce los lugares. Pero —pensaba— hoy no quiere pasar por el camino para que

yo no me dé cuenta de dónde está el comando, porque no se fian de mí". Fea señal, que todavía no se fian de él; el hombre desarmado se obstinaba en pensar esto. Pero en esa fea señal había una confianza, la de que realmente lo estuvieran conduciendo al comando y quisieran dejarlo en libertad, y fuera de esa fea señal una señal más fea aún era el bosque que se volvía más denso y del cual no había muestras de salir, era el silencio, la tristeza de aquel hombre armado.

—¿Al secretario lo ha acompañado también al comando? ¿Y a los hermanos del molino? ¿Y a la maestra? —Hizo esta pregunta de golpe, sin reflexionarla, porque era la pregunta decisiva, que significaba todo: el secretario comunal, los hermanos, la maestra, era toda gente secuestrada, que nunca más había vuelto, de la cual nunca más se había sabido.

—El secretario era un fascista —dijo el hombre armado—, los hermanos estaban en la milicia, la maestra estaba en la auxiliar.

—Hablaba así para saber, dado que no han vuelto más allá.

—Digo —insistió el hombre armado—. Ellos eran lo que eran. Usted es lo que es. No hay por qué hacer comparaciones.

—Cierto —dijo el otro—, no hay por qué hacer comparaciones. Sólo preguntaba qué había pasado, así, por curiosidad.

Se sentía seguro de sí, el desarmado, enormemente seguro de sí. Era el hombre más astuto de la comarca, era difícil burlarlo. Los otros, secretario y maestra, no habían vuelto más: él volvería. "Yo gran Kamarrad —diría al comisario—. Guerrilleros nada Kaput mí. Yo Kaput todos guerrilleros". Quizá el comisario se echaría a reír.

Pero el bosque quemado era interminable y ambiguo y los pensamientos del hombre estaban cercados por lo ignoto y lo oscuro, como zonas de claros en medio de un bosque.

—Yo no sé bien lo del secretario, lo de todos esos otros. Hago de estafeta, yo.

—Pero en el comando lo sabrán —insistía el desarmado.

—Eso es. Usted lo preguntará en el comando. Allá lo saben.

Se venía la noche. Era necesario caminar con cautela, en medio del brezal, vigilando cómo colocaba los pies, para no resbalar sobre los guijarros ocultos bajo las espesas zarzas. Y vigilar cómo se colocaban los pensamientos, uno tras el otro, en lo espeso de la inquietud, para no encontrarse de pronto sepultado bajo el miedo.

Cierto, si lo hubieran creído un espía no lo habrían dejado así en el bosque, solo con ese hombre que parecía no vigilarlo siquiera; habría

podido escapársele todas las veces que hubiera querido. Si él intentaba huir, ¿qué haría el otro?

Descendiendo por entre los árboles, el desarmado comenzó a tomar un poco de distancia, a doblar a la derecha cuando aquel doblaba a la izquierda. Pero el armado seguía caminando casi sin vigilarlo, y descendían así por el bosque ralo, distantes ahora el uno del otro. A veces hasta se perdían de vista, ocultos por los troncos, por el apiñamiento de los arbustos, pero de golpe el desarmado volvía a ver encima de él al otro que parecía no vigilarlo y sin embargo lo tenía siempre detrás, a distancia.

"Si me dejan libre un momento, esta vuelta no me agarran más", había pensado hasta entonces el desarmado. Pero ahora se sorprendió pensando: "Si soy capaz de conseguir escapar, es la ocasión..." Y ya veía en su mente a los alemanes, alemanes en columnas, alemanes sobre camiones y autos blindados, visiones de muerte para los otros, de seguridad para él, hombre astuto, hombre a quien nadie podía burlarlo.

Habían salido de los claros y de los brezales, habían entrado en el bosque denso y verde, salvado de los incendios: el suelo estaba cubierto por secas agujas de pino. El hombre armado había quedado atrás, tal vez había tomado otro camino. Entonces el desarmado, cautamente, con la lengua entre los dientes, apuró el paso, se adelantó más en la espesura, lanzándose abajo por los escarpados, entre los pinos. Estaba huyendo: se dió cuenta de eso. Entonces tuvo miedo; pero comprendió que ahora se había alejado demasiado, que ahora el otro habiase dado cuenta, seguramente, de su intento de fuga y seguramente lo estaba persiguiendo, que ahora no había más que seguir corriendo, pobre de él si se volvía a poner a tiro del otro, ahora que había tratado de huir.

Se dió vuelta ante un ruido de pasos encima de él: a pocos metros estaba el hombre armado que se venía con su paso calmoso, indiferente. Tenía el arma en la mano. Dijo: —Por aquí debe haber un atajo —y le hizo seña de que lo precediera.

Entonces todo volvió a ser como antes: un mundo ambiguo, todo para mal o todo para bien: el bosque que en lugar de terminar, se espesaba, ese hombre que casi lo debaja escapar sin decir nada.

Preguntó: —¿Pero no termina nunca este bosque?

—Apenas rodeada la colina estamos ahí —dijo el otro—. Animo, que esta noche usted está en casa.

—¿Así que sin duda me dejarán irme a casa? Digo, ¿no querrán tenerme allí como rehén, por ejemplo?

—No somos alemanes nosotros para tomar rehenes. Todo lo más podrán sacarle los zapatonos, como rehén, porque estamos todos descalzos.

El hombre se puso a gruñir como si los zapatonos fueran la cosa por la cual él temiera más que todo, pero en el fondo se regocijaba: cada detalle sobre su suerte, para bien o para mal, venía a devolverle un poco de seguridad.

—Oiga —dijo el hombre armado—, ya que eso le importa tanto, hagamos así: póngase mis zapatonos hasta que estemos en el comando, puesto que los míos están todos rotos y no se los sacarán. Yo me pongo los suyos y cuando lo acompañe de vuelta se los devuelvo.

Ahora hasta un niño habría comprendido que era toda una historia. El hombre armado quería sus zapatonos, y bien, el desarmado le habría dado todo lo que quería, era un hombre que comprendía, él estaba contento de librársela así, tan barata. “Yo gran Kamarad —habría dicho al comisario—. Yo dado ellos zapatos y ellos dejado ir mí”. Tal vez el comisario le haría conseguir un par de botines como los de los soldados alemanes.

—¿Entonces ustedes no retienen a nadie, rehén, prisionero? ¿Ni siquiera al secretario comunal y los otros?

—El secretario había hecho apresar a tres de nuestros compañeros; los hermanos acompañaban a la milicia para rastrearnos, la maestra se acostaba con los de la Décima.

El hombre desarmado se paró. Dijo: —Usted no cree que yo también sea un espía. No me habrá traído aquí para matarme —y descubrió un poco los dientes, como para sonreír.

—Si lo creyéramos un espía —dijo el armado— no vacilaría mucho en hacer así. —Quitó el seguro al arma—. Y así. —Lo apuntó a la espalda, hizo como si disparara sobre él.

—“Eso es —pensaba el espía—, no dispara.”

Pero el otro no bajaba nunca el arma, apretaba el gatillo, en cambio. “Con salvas, con salvas dispara”, tuvo tiempo de pensar el espía. Y cuando sintió los tiros desencadenados sobre él como puños de fuego que no se paraban más, aún consiguió pensar: “Cree haberme muerto, y en cambio vivo”.

Cayó de cara al suelo, y el tiro de gracia lo sorprendió en una visión de pies calzados con sus zapatonos que le saltaban por encima.

Así quedó, cadáver en el fondo del bosque, con la boca llena de agujas de pino. Dos horas después ya estaba negro de hormigas.

C. Virgil Gheorghiu o “El Testigo Inocente”

por BERNARD DORT

C. Virgil Gheorghiu, el feliz autor de *La Hora Veinticinco*, “novela” celebrada por la mayoría de los críticos franceses como un acontecimiento literario y una revelación muy humana, gran éxito de librería (212.000 ejemplares) —C. Virgil Gheorghiu, consagrado por un prólogo de Gabriel Marcel y en algunas reuniones públicas de la Sorbona, vocero de los débiles y de los oprimidos—. C. Virgil Gheorghiu fué desde 1940 hasta 1944, escritor a sueldo de los diarios nazis de Rumania. Este cantor del sufrimiento de los judíos, estuvo entre sus perseguidores (“¡Qué castigo clemente para ellos y para sus crímenes, esta pena de muerte!”). Las orillas del Dniester están ardiendo, aquel glorioso reportaje escrito siguiendo los talones a los ejércitos hitlerianos, precedió a *La Hora Veinticinco*, y la judía (Eddy Thal en 1952) cuyo calvario nos relata *La Segunda Oportunidad*, es la misma (entonces Sidy Thal y siempre artista) de quien C. Virgil Gheorghiu infamaba las horribles fechorías: aquellas “danzas obscenas” ejecutadas “en bombachitas frente al altar de una iglesia, en este sagrado lugar”...

El asunto es conocido y no valdría la pena consagrarle una sola línea más, si esto no planteara el interrogante de saber qué fué lo que, en los recientes libros de C. Virgil Gheorghiu, pudo seducir a sus 212.000 lectores franceses, convencidos de encontrar una respuesta (o un apaciguamiento) a sus inquietudes, y si no planteara al mismo tiempo el problema de toda literatura llamada “de testimonio”.

Pues, paralelamente a la impostura del hombre Gheorghiu, debe hablarse de la impostura fundamental de su obra, impostura que no es personal suya propia, sino que es también en buena parte la de nuestra literatura occidental. Esta impostura aparece más claramente en los procedimientos empleados en conjunto por Gheorghiu. Ciertamente; su ambición no es pequeña: trata de describir, *grosso modo*, los acontecimientos ocu-

rridos en Europa desde 1940 y sus repercusiones en millones de hombres, en los pueblos de los Balkanes; y no sólo describirlos, sino que quiere sacar en consecuencia una moral, o una filosofía, pues C. Virgil Gheorghiu también quiere ser un pensador. En todo caso desea pasar por testigo. Personalmente lo declaraba así en la Sorbona: "No quiero asegurar ni profetizar: sólo soy un testigo". Para ello, en lugar de relatarlos su historia personal (que hubiese tenido, no obstante, un gran interés, fértil en saltos imprevistos y en sutiles maniobras...) o bien estudiar con la mayor objetividad posible la historia de estas poblaciones, pretendió hacer una novela, es decir elegir algunos individuos representativos y, a partir del relato de sus destinos, estructurar, sugerir, un cuadro de los destinos comunes de estos pueblos, encarando el destino del hombre en sí. Debía escoger entre la dificultad y el artificio. Además, era necesario, para llegar a una imagen que no estuviese demasiado alejada de la realidad propia de estos pueblos, o que por lo menos se le aproximara suficientemente, que los héroes de estas novelas, participaran de esta realidad en la mayor aproximación, y que no fuesen presentados y captados a la vez desde afuera y de adentro, en toda la multiplicidad de las relaciones que los une a dicha realidad y que los arraiga en ella. Así en *La Hora Veinticinco*, C. Virgil Gheorghiu emplea el método exactamente opuesto. Los dos héroes principales están, por definición, calcados de la realidad, de la época, aunque de manera inversa. Ion Moritz está ahogado en los acontecimientos, congenitalmente idiota o casi, estos nada pueden significar nada para él; y lo soporta, nunca los ha penetrado, nunca ha tomado parte de ellos. Indiferente por fallas. Pero Traian Koruga lo es, al menos, tanto como él; y lo es por desdén. Literato de nacimiento, planea sobre los hechos, los enmascara, los organiza según un modo personal (que por otra parte tomó buen cuidado de exponer antes de la décimocuarta página), indiferente o tonto hasta el extremo de citarles a sus compañeros de exportación, emporcados en medio de sus propios excrementos, casi ahogados, versos de T. S. Eliot... Curiosa manera de exponer una historia mediante héroes que están excluidos de ella, cuya vida y manera de existir significan la negación de toda historia; ¡curioso testimonio, el de este testigo ciego o que desdeña el ver! El resto se deduce por sí mismo y C. Virgil Gheorghiu puede concluir de todo esto que ya nada tiene sentido, que los hombres están deshumanizados, poseídos de sí mismos por la técnica que instituye en el mundo un riguroso (y absurdo) encadenamiento de los efectos y de las causas; antes

de comenzar a escribir ya había elegido, había optado por la incompreensión y por el contrasentido, y había decidido no tomar posición jamás, no entrar jamás en juego. De tal manera, los campos de D. P. se convierten, bajo su pluma, en algo exactamente semejante a los campos de concentración alemanes. Basta con detenerse frente a los alambros de púa... Cuando desde el comienzo uno se niega a comprender, es muy fácil luego acusar al mundo de ser incomprensible y a la historia de maldad. Se escribe un libro, este libro puede sin duda ser testimonio de una cierta posición del hombre, de su autor frente al universo; no de este universo en sí. Sin embargo esto es cuanto ha entendido realizar C. Virgil Gheorghiu, más aún en *La Segunda Oportunidad* que en *La Hora Veinticinco*, pero esta vez, su "método" deja ver demasiado claramente la trama para no abrir los ojos del lector, aún del menos sutil.

La Segunda Oportunidad nos relata las aventuras de varios rumanos, desde 1940 hasta un porvenir (el de la tercera y definitiva guerra mundial) que Gheorghiu profetiza para muy pronto. Gran fresco donde vemos pintados (digamos mejor, caricaturizados, cuando no están falsificados) un gran número de acontecimientos históricos capitales de estos últimos diez años. De tal manera su libro se presenta a la vez como una recopilación de aventuras vividas y una vista de conjunto de la reciente historia europea. Y ahora, C. Virgil Gheorghiu se divierte a más y mejor. En primer lugar comienza, en cierta manera, por vaciar a sus héroes de interioridad. Ahora estamos frente a hombres abstractos, reducidos a su condición de víctimas o de verdugos. Los hay malos e inocentes y estos últimos, suelen convertirse en aquéllos. Ninguno de sus actos tiene ya significación con referencia al mundo, como expresión de una voluntad de transformación o de conservación de este mundo tal cual es. Gheorghiu se presenta en sus personajes, los hace pensar, los deja hablar: simple engaño, sólo son marionetas que él, el autor, se ha tomado el derecho de manosear a su gusto y placer. Así nos dan la impresión de no existir en ningún momento, de actuar permanentemente bajo fuerzas que le son exteriores y, en el mejor de los casos, de consentir en ello. En su comportamiento no se percibe la menor sombra de libertad. Todos han vestido el uniforme hitlerista, soviético, americano, no importa ya cual; matan o son muertos, por accidente, por verdugos, o son víctimas, así porque así. La historia se reduce a una acumulación de destinos individuales, siempre separados unos de otros y ninguno de ellos tiene sentido. C. Virgil Gheorghiu convierte al mundo en una acu-

mulación de casos particulares. Si se mantuviese en esto, *La Segunda Oportunidad* parecería como un "almanaque de pobres tipos", una "guía" de inocentes... Pero hay algo mejor: C. Virgil Gheorghiu pretende, además, explicar la historia, nuestra historia. Sus héroes son paseados azarosamente a través de todo el mundo, y allí donde se encuentren, se hallan en una situación que su creador pretende plenamente representativa: deportados de los campos de trabajos soviéticos, ministro de guerra soviético en Alemania, judío en Israel, poderoso exilado en América del Sur, exilado desdichado en el Canadá... La mala fe y la falsedad aparecen entonces claramente. Gheorghiu inventa, acumula banalidades sobre banalidades y de todo esto nos proporciona un testimonio auténtico y global. He aquí por ejemplo, vista desde lo íntimo (de la conciencia de Boris Bodnariuk, "héroe" soviético), la idea que éste, y en consecuencia *todo* comunista, se hace del mundo: "... ideal para el cual luchaban el Partido y todos sus miembros. Dividir el universo en dos colores: el negro y el blanco... Los colores son inútiles y complicados. Blanco y negro bastan. Sí, y no, bastan. El universo no necesita otras respuestas fuera de *sí* y *no*. Las restantes respuestas son reaccionarias. Las demás respuestas sólo son matices". Y dos páginas más adelante, Gheorghiu insiste: "Bodnariuk cerró los ojos. Estaba nuevamente en la oscuridad. Pensó que la existencia humana vivida con matices es una existencia vivida en un mundo inferior. Una vida de calidad superior debe estar hecha de *sí* o de *no*, de blanco o de negro. Tal es la verdadera perfección humana". No vale la pena proseguir más adelante: el totalitarismo, la tiranía comunista son señaladas, demostradas. Ya conocemos el procedimiento, el más vulgar de los procedimientos de propaganda: consiste en hacer pensar, o hablar a aquellos que se quiere desacreditar tal como lo imaginan sus enemigos. Los comunistas de *La Segunda Oportunidad*, son únicamente los comunistas de los anti-comunistas. Escuchemos a Boris Bodnariuk: "Estaba seguro de que el mariscal nos traicionaría. Eramos amigos, pero el día en que comprobé que tenía un perro, y que amaba apasionadamente a este perro, estuve seguro de que era un futuro traidor. Un hombre que siente pasión por algo es un traidor en potencia. Un hombre que ama apasionadamente a un perro no puede ser comunista". Y ya tuvo lugar la representación teatral: Tito ha "traicionado" porque amaba demasiado a su perro, esta es la explicación comunista, y ahora tenemos la "verdadera" razón del asunto yugoslavo, y esta es la tiranía soviética. Pero Gheorghiu se cree hábil: así, paralela-

mente a la explicación comunista, nos propone el retrato de un mariscal grotesco con capas bordadas en oro, uniformes de opereta... El relato sólo es una sucesión de episodios grotescos; todo se explica por nada. La misma nariz de Cleopatra¹ le parece a C. Virgil Gheorghiu demasiado importante. En sus libros nadie toma una decisión personal, nadie actúa con conocimiento de causa ni se decide a hacerlo en tal o cual sentido. Sus personajes sólo tratan de escapar a un terror intercambiable, hiletrista, soviético, americano-satista, poco importa cuál, y del cual no saben al fin de cuentas en qué se funda, de dónde proviene, y hacia dónde va. Sólo nos queda una explicación: la técnica. Es la técnica la única causante de todo, aquí, en la U.R.S.S., más brutal que allí en una Alemania americanizada. Los hombres ya no tienen nada para ver. Están fuera de causa: sus pensamientos, sus gestos o bien traducen una misión absoluta a este nuevo monstruo o el vano deseo de escaparle, sintiéndose solos frente a él. Vista por C. Virgil Gheorghiu, la historia sólo es una acumulación de gestos privados, personales, gestos de locos o de autómatas, por una parte, y por otra el triunfo definitivo de la máquina, una Apocalipsis de la técnica. Ridículos en cierta manera, condenados al aniquilamiento por otra parte, los hombres sólo pueden huir, volver a las selvas (o a Israel que por gracia divina es el único Estado donde el hombre conserva algún valor: "Es en la Bolsa de Tel Aviv donde es más alto el valor del individuo. Creo que este fenómeno se explica por el hecho de que Israel es un Estado Religioso. En un Estado como éste, la persona humana aún conserva su valor e Israel es el único Estado Religioso del mundo"). "Ya nadie puede nada para nadie. El mal es demasiado grande". Nadie, excepto Dios, y, en el desastre final de *La Segunda Oportunidad*, en filigrana, aparece Dios. Kostaky muere: "Y piadosamente, cierra sus (sic) grandes ojos abiertos hacia el cielo, hacia su gran aliado, hacia Dios. Había muerto, pero había muerto cerca de su aliado, próximo a Dios". Ya cerró el círculo; los hombres han muerto, sólo queda Dios y C. Virgil Gheorghiu. La inocencia reina.

Esta es la verdadera "evolución" de C. Virgil Gheorghiu. Su "catarsis". Ahora ya conocemos otras semejantes. Las de un Abellio, de un

¹ Así como lo anotaba Manés Sperber en una entrevista aparecida en "Combat" (el 8-1-953): "Ambas" y "Carolina querida" están con mucha mayor imaginación construidas de la misma manera: las grandes catástrofes de la historia reducidas a la escala de sorprendentes aventuras personales de algunos "huérfanos en medio de la tormenta". Por lo menos Cleopatra era reina...

Montherlant, pero al menos estas permanecen en un plano estrictamente más individual. Traiciones, sin duda, pero también apología de la traición o de "la alternativa". Teatro después de los años... Para nuestro besárabe sólo le fué necesario para volver a su conciencia tranquila, reducir unos diez años de historia a una absoluta insignificancia y precipitar el mundo en una destrucción imaginaria. Para recobrar su "inocencia". Manes Sperber lo decía con toda justicia: "Los totalitarios en el poder proclaman que la eternidad les pertenece; vencidos, proclaman que el mundo está perdido, que la hora veinticinco ha sonado y que ya nadie puede guardar esperanza alguna. En efecto, no han comprendido nada de su derrota, nada aprendieron con ella. Y es por esto que pretenden generalizar, quieren que sea la catástrofe final de la especie humana". Entonces, al menos, podrán desempeñar el papel que les atribuya C. Virgil Gheorghiu: el del testigo de la montaña para quien, en adelante, todo es igual, puesto que ya nada es nada, que todo se vuelve nada —testigo inocente que es testimonio de Dios.

Tradujo: J. C. Sorrentino.

rené DEPESTRE

"Poema

de

mi

Patria

Encadenada"

Te veo con tus luces atadas a la espalda
 Tus canciones fusiladas con los brazos en alto
 Como una gavilla de asesinos
 Y los grilletes del hambre en tus tobillos fatigados por la danza.

Te he reconocido mucho antes que hacia mi éxtasis
 Agitaras el pañuelo ensangrentado de tu cielo
 Mucho antes que a mi paso tú hayas a lo lejos
 Desplegado tu bandera empapada de sollozos y rocío.
 Yo he sentido la viña infortunada de tu escalofrío
 Reptar como una boa a todo lo largo de mis venas
 He sentido la unidad de tu dolor bullir como mellizos en mi vientre
 Y enroscar su yedra escarlata
 En torno de las más lejanas células de mi júbilo.

Te veo Patria mía golpeada hasta la sangre Patria más humillada
 Que la viuda de un condenado a muerte por estupro
 Veo el hielo del cuchillo en el fondo de tus carcajadas
 Y tu rostro manchado por la sórdida oscuridad del capital
 Te veo mi pequeña Patria acurrucada en los ojos azules de esta mañana
 [de mayo]

Como un nudo gordiano de lágrimas
 En el corazón abierto de algún músico desdichado!
 Oh mi Patria envilecida mi suntuosa pena de amor
 Mi guitarra apaleada
 Sin embargo tu grande y triste fuego
 A pesar de sus lazos de cobre
 Y sus claridades de rodillas
 Continúa siendo emocionado la verde juventud de la Libertad
 Y mi humilde savia de exilio
 Sigue cantando hasta matarse
 En la más alta cima de tu frescor encadenado.
 Hace seis años te hallabas en la tierra olorosa de tu puerta
 Madre estremecida de pena y de temor!
 Mirabas a la cálida noche de noviembre beberse de un solo trago
 Como un gran vaso de leche helada el avión que me llevaba
 Hacia el alba convalesciente de París
 Hacia la Francia humeante todavía en la voz de sus poetas
 En la voz enfurecida de Eluard y de Aragón
 Esa noche Patria mía fuiste inagotable en tus consejos
 Todas las lenguas de la vieja ternura negra desataron sobre mi cuerpo
 Sus inquietas amapolas
 Todos los labios del viejo martirio negro abrieron sobre mi carne
 Sus desoladoras cajitas de música:

"Ten cuidado mi negro de las trapacerías del invierno
 Tú llevas en tus pulmones el aire friolento de las Antillas
 Sé el mejor compañero de la lana y del fuego
 Cuidate de los autos y en el mes de abril en las veredas de las muchachas
 [y de los policías]

Y de la engañosa corriente de los arroyos
 Cuidate de aquellos que se dicen tus hermanos
 En las especies del pan y del vino

Para que tú los dejes asentarse sobre las verdes iluminaciones de tu razón
 Y que ellos pronto la conviertan en un ciclón adormecido!
 Vela, oh mi negro, vela sobre la rosa herida de tu piel negra

Vela, oh mi negro, vela sobre cada pétalo arrancado a tu flor nocturna
 Vela sobre cada mancha del mediodía negro
 Que nadie se atreva a borrar el estallido lunar de la sangre derramada
 Para que él pueda embeber cada uno de tus pasos en los remolinos de
 [su tormentosa Primavera!]

Así envuelto en la más alta sazón de tu pueblo
 Vé mi negro a correr a toda brida las esperanzas del mundo
 Y vuelve iluminado por todas las manos que hayas estrechado
 Por los libros leídos y los panes compartidos
 Y todos los días que ya hayas despejado
 Para que nazca el dorado cereal de lo humano!

RENE DEPESTRE

El poeta haitiano René Depestre nació en Jacmel en el año 1926. Sus inspiradores iniciales: Langston Hughes, Nicolás Guillén, Aimé Césaire y Jacques Roumain. A los diez y nueve años publica su primer libro de poemas, "Étincelles". Estudiante universitario, funda y dirige el periódico "La Ruche". Después marcha becado a París donde estudia en la Escuela de Ciencias Políticas.

Traba amistad con Paul Eluard, que lo distingue, con Aragón, Pierre Seghers, Guillevic, y pasa a ser uno de los animadores del "Groupe des Jeunes Poètes". En París publica René Depestre dos libros: "Vegetations de Clarté" y "Traduit du Grand Large" (Edición Pierre Seghers, París, 1952), al que pertenece este poema que aparece en versión castellana de Julio Galer.

Los Niños del Mundo

Después de casi catorce años de ausencia, algunos rasgos de la vida francesa se imponen con tanta fuerza y tenacidad como los fragmentos de un sueño periódico. Cuando se viene de pasar tantos años en Estados Unidos, donde los niños reinan con tiranía, ¡qué fresco resulta ver el asombroso comportamiento de los niños de Francia y su modo de mostrarse contentos, al menos aparentemente y muchas veces con muy poco! Más educados que los mayores, afectuosos a un punto extraordinario, no toman a mal pasar a segundo término y por ello no se muestran menos risueños y contentos. En Estados Unidos, como todo el mundo sabe, los niños mandan en todo. En Francia, desde el primer contacto se tiene la impresión de estar en un mundo de adultos. De donde viene al principio una sensación de alivio, ensombrecida después cuando al tiempo se descubre que ese mundo adulto está dominado por los viejos, por los conservadores.

Claro que en Estados Unidos no domina la juventud, sino el clima del Jardín de Infantes. A causa de nuestra actitud falsa con respecto al niño, la raza engendra un tipo de hombre y de mujer que nunca llega realmente a la madurez: ciudadanos eternamente descontentos, no del régimen, de la política o del orden social, sino de la vida misma. He-

mos parido una raza que no tiene respeto sincero para nadie y que sobre todo ignora el respeto mutuo. Es muy posible que "el espíritu progresista", según se lo llama, no sea entre nosotros, en gran parte, sino una perpetua insatisfacción de vivir. Nuestro furor de actividad — construir todo y volver a construirlo, cambiar todo para volver a cambiarlo de nuevo, sin fin—, ¿no es una forma de persistir a actuar, inconscientemente sin duda, como un niño mimado: el niño que por fastidio echa al suelo los cubos aun antes de terminar su construcción?

La creciente marea de enfermedades nerviosas y mentales en la juventud de Estados Unidos, testimonio elocuente sobre una incapacidad general a enfrentar la realidad. La sola realidad que conoce nuestra juventud es la del Jardín de Infantes. Del país de las maravillas, el niño debe pasar de un salto al horror y a la monotonía, a la absoluta falta de sentido de la vida industrial, ¡cuando no es al campo de batalla! Apenas está preparado (y es un eufemismo) a esta realidad llamada: la vida cotidiana. El porvenir, en lugar de ofrecerle perspectivas de entusiasmo, lo paraliza de terror.

HENRY MILLER.

De "Les Lettres Nouvelles".

DECIR QUE SI

21 de Enero de 1953.

Al Dr. Emmanuel H. Bloch

Querido Manny:

Estas palabras son para decirle que mi madre vino a visitarme el lunes. De su entrevista conmigo he recogido lo que va a continuación y que os interesará. Aun estoy estupefacta de su impúdica amoralidad.

Le hice señalar que por más terrible que pueda ser la suerte de Davy frente a la perspectiva, desprovista de fundamentos, de represalias, era mi vida la que corría peligro, y no la de él. Y aunque soy yo quien espera ser electrocutada y puesto que no tengo miedo en afirmar mi inocencia y desmentir su patraña, por que él, en posición ¡mucho más favorable, no podía portarse como un hombre y reconocer que había mentido, ayudando así a salvar mi vida en lugar de dejarla destruir para mantener una falsedad.

Nuestra conversación continuó y la transcribí palabra por palabra. Mi madre me preguntó: "¿Qué hubiese tenido de terrible si hubieses confirmado su historia?" Creo que quede con la boca abierta. Repliqué: "¿Cómo dejarme acusar de un crimen que nunca he cometido y permitir que mi nombre, el de mi marido y mis hijos sean arrastrados por el lodo a fin de proteger a un falsario? ¿Cómo puedo contar una historia falsa que difamaría a mi marido y a mí? Espera un instante, posiblemente no te comprenda bien. ¿Qué es lo que quieres decir, exactamente?"

Creólo o no, ella respondió: "Sí. Me comprendistes bien. Quiero decir que aunque se tratase de una mentira, a pesar de todo debistes aceptar la acusación. ¿Crees que entonces te hubiesen enviado aquí? No. Si hubieses confir-

rado las palabras de Davy, aunque se tratase de mentiras, no tendrías que sufrir esta suerte".

Protesté, profundamente herida, como usted puede imaginarse: "Pero, mamá, ¿te hubiese parecido bien que hiciese un falso juramento?"

Ella se encogió de hombros con indiferencia y repitió obstinadamente: "¡Si lo hubieses hecho, no estarías aquí!"

¿Podría usted disponerse a traerme los chicos el sábado 31 en la mañana? Julius y yo estimamos que debemos verlos, aun cuando nos rechacen el pedido de gracia. Mientras tanto no les diga nada, sino un día antes, pues de otro modo Mike se pondría muy nervioso.

Amistosamente,

Ethel Rosenberg.

De "Le Figaro Littéraire".

LAS TEMIBLES VIRTUDES

L'Europeo de Milán destaca la importancia que adquiere en Francia la última novela de Robert Merle, quien con su libro anterior —*Week-End à Zuydcoote*— obtuvo el premio Goncourt 1949. La publicación italiana señala que su última novela —*La mort est mon métier*— es un sintoma seguro de que el francés no quiere ver al alemán en uniforme. Dice: "*La mort est mon métier* se publicó en Francia en un momento delicado, cuando con el programa de unificación europea y el rearme de Alemania, los franceses sienten crecer las dudas que guardan sobre sus aliados de hoy y enemigos de ayer. ¿Qué son los alemanes?, se preguntan. ¿Hasta qué punto podemos fiarnos de ellos? ¿Y cómo conciliar la gentileza germana, que tantas pruebas ofrecen en las relaciones privadas o individuales, con todo lo sucedido en Oradour y en los campos de exterminio? Hace veinticinco años, Gi-

raudoux trató de responder con *Siegfried* a la pregunta que ya entonces los franceses se hacían con respecto a Alemania. *Siegfried* es el drama que la compañía de Raymond Rouleau ha repuesto en la temporada última. En el año 28, cuando *Siegfried* fué escrita, Francia constituía la potencia más poderosa de Europa, no se vislumbraban nubarrones en el horizonte y resultaba fácil mostrarse generoso y comprensivo. La respuesta de Giraudoux era plena de esperanzas. En *Siegfried*, Alemania rebosaba de seducción poética. Actualmente no es posible esa ecuanimidad. Y a los interrogantes de los franceses, Merle ha respondido con un libro seco, árido como un manual de contaduría (en muchas páginas se han alineado cifras de condenados, asfixiados, cremados; con el término medio diario, el máximo y mínimo rendimiento de cada campo de exterminio), que en su objetividad resulta más eficaz que la acusación más enfática. ¿Quién es Lang, el personaje central de la novela? Es un hombre que tiene cuatro hijos y trata muy afectuosamente a su mujer; su casa, levantada en el límite del campo de exterminio donde huema el horno crematorio, es la típica morada de un pequeño burgués, que terminada su labor diaria se dedica a la jardinería. Lang es sobre todo un hombre de honor. Cuando ha dado su palabra es incapaz de faltar a ella. ¿A qué conclusión se llega? Pues que en Alemania, para ser asesino no es necesario ser un individuo excepcional; que la posibilidad de hacer carrera en la "profesión de matar" está al alcance de todo y que las virtudes del alemán, la disciplina, el honor y la lealtad resultan más temibles que sus defectos".

LA CARTA DEL CONDENADO

31 de mayo de 1953.

Mi querida Ethel:

Al tomar la pluma me pregunto: ¿Qué decirle a la mujer que amo, frente a la dura realidad que dentro de diez y ocho días, en el catorce aniversario de nuestro matrimonio, seremos ejecutados? La proximidad de la hora más sombría de nuestro proceso y el grave peligro que nos amenaza, reclaman todos nuestros esfuerzos para impedirnos caer en la desesperación o la grandilocuencia. Es de modo calmo y juicioso que debemos abordar nuestra situación más crucial. En este momento, una gran parte del peso volverá a caer sobre nuestro amigo y consejero Manny, a quien tenemos depositado toda nuestra confianza.

Querida: no dejé un solo instante, en ningún momento, de analizar del modo más objetivo las razones que llevan al gobierno a actuar de este modo. No encontré sino una respuesta. Se obedece a los deseos de algunos insensatos para hacer de este proceso una especie de cachiporrazo pegado a todos los disidentes. El gobierno yanqui llevará eternamente la condena que merecerá esta denegación de justicia y esta brutal sentencia contra dos personas inocentes. Jamás podremos renegar de la verdad muy simple de que somos inocentes.

Bien sé, querida, que nuestros hijos y nuestra familia sufren enormemente en este momento y es natural que nos preocupemos de su bienestar. Creo, sin embargo, que es preciso concentrar nuestras fuerzas en nosotros mismos. Mi bien querida: el número dominical del *New York Times* contiene un excelente editorial, donde señala muy especialmente la belleza material de la verdura lujuriosa que nos rodea. Este mes nos per-

tenece, porque fué en él que nos casamos y encontramos la inefable alegría de un magnífico amor. Tú eres una noble y valiosa mujer y yo seré entera-

mente tuyo hasta el último instante. Todo el amor que poseo te pertenece.

Julius Rosenberg.
De "Le Figaro Littéraire"

*

UNA OPINION (AJENA)

El arte abstracto en el Brasil continúa su marcha triunfal rumbo al fracaso.

Y UN PROYECTO DE LEY PREVENTIVA

"Queda prohibido dibujar, pintar o modelar formas ameboides a todos los jóvenes y viejos pintores, dibujantes, arquitectos, vitrinistas, decoradores y muralistas."

De *Habitat*, San Paulo.

*

"EL TUNEL": ESTRENO EN FRANCIA

La Compañía *des Quatre-Vents*, de Marsella, institución dedicada a la divulgación de obras de vanguardia, puso en escena "El Túnel". Al respecto, *ARTS*, de París, comenta: "El autor transporta en el plan escénico el drama que se desarrolla en el espíritu del personaje principal, víctima de un accidente en el subterráneo durante algunos segundos que preceden a su muerte: las impresiones más diversas se entremezclan con la evocación de una rivalidad amorosa particularmente emotiva. Ese túnel imaginario, y ese jobaditón, rival escarnecedor, que recibe al moribundo en las puertas del gran silencio, todo eso compone un ambiente verdaderamente alucinante".

ARTS señala además que esta "obra extraña y fuerte" del gran novelista y dramaturgo escandinavo Par Lagerkvist (Premio Nóbel 1951) fué estrenada en Francia con gran éxito de público y crítica.

TEATRO

MADRE CORAJE Y SUS HIJOS, de Bertold Brecht

Por HECTOR BIANCIOTTI.

Mientras con Ibsen los personajes dramáticos —sin trascender sus propios contornos— comienzan una constante y mutua indagación de sí mismos que habría de ser una tónica fundamental del teatro moderno, y culminaría en Ugo Betti con una honda necesidad de desnudez, de lucidez mortal de conciencia, Bertold Brecht aporta al teatro de este siglo una posición extrasubjetiva que lo hace continuador directo de Christian Friedrich Hebbel, el gigante dramaturgo dinamarqués del siglo diecinueve, como Hebbel lo fué en cierta medida de Goethe, de quien cita en su Diario estas palabras de las Conversaciones con Eckermann, que no son en modo alguno extrañas a la obra de Brecht: “El peor defecto de la época actual es el subjetivismo; todo el mundo pretende sacar el universo de sí propio, sin advertir lo pobre que es primitivamente nuestra personalidad y cuán pronto se agota. Un arte robusto, duradero, inagotable, no puede existir sino mediante el estudio del universo y su asimilación, que es lo que han hecho los clásicos”.

Más aún, podrían ser de Brecht estas palabras de Hebbel: “La Historia es para el poeta dramático un medio de dar cuerpo a sus ideas. En el fondo, la historia y el drama son idénticos; o, mejor dicho, el drama es la forma más alta de la historia; pues el fin del drama es representar la vida, no en su diversidad y contingencia, sino en su unidad, principio y necesidad”. Y éstas: “La verdad del drama, con relación a la realidad, es la verdad de un símbolo en que sólo se halla lo invisible de la realidad.

El drama es el fuego que funde el mineral de la historia, devolviendo la vida a lo que estaba inerte”. No se piense que estamos considerando a Brecht como un escenificador de eventos nacionales, sino, por el contrario, un dramaturgo que basamentando su obra en el suceso histórico más o menos local, más o menos particular, lo trasciende hasta universalizarlo con una actitud altamente combativa.

Desde “Tambores en la noche” (1919), su primera obra —violento impacto contra un público burgués que decretaría su fracaso— hasta su reciente “El Proceso a Lúculus”, prohibida la noche de su estreno en Berlín, pasando por su “Opera de tres centavos” y “Temores y miserias del Tercer Reich”, vemos a Brecht cumpliendo un teatro comprometido y sobre todo haciendo del teatro un arte de justicia.

Teatro de presente, el de Brecht necesita como ninguno de la cocreación con el espectador. Quizá las más grandes obras de arte no son aquellas que contienen un universo concluso, sino las que son una especie de estructuras que necesitan de un espectador que las llene de sentido y significados y las eleve hacia un cielo alegórico. Sólo así pueden ser universales y —arrancando de un momento histórico preciso— permanentemente actuales.

“Madre Coraje y sus hijos” —“una crónica de la guerra de los 30 años” según la subtítulo Brecht— es sólo aparentemente una crónica escueta de una lucha de fe entre católicos y protestantes, en el siglo XVII. En realidad, es profundamente actual y asume las proporciones de símbolo definitivo de una humanidad que quiere comenzar su transcurso de nuevo y para ello lucha por conseguir una igualdad de posibilidades en el terreno de lo material inmediato.

“Madre Coraje y sus hijos”, cuya acción transcurre desde 1624 a 1636, es la historia de Ana Fierling y sus hijos de distintos padres, Eilif Nojocki, Fejos y Catalina Haupt, la hija muda que sufre por la falta de piedad y gime por las noches, en sueños, “especialmente después de las batallas”. Ana Fierling, llamada Madre Coraje por su decisión para el comercio entre los ejércitos de protestantes y católicos, es un personaje con sabiduría profundamente telúrica e histórica. Es en cierta forma la humanidad que, hambrienta del logro material que le permitirá subsistir animalmente, pierde sus bienes espirituales; como Ana Fierling —uno a uno— sus hijos. Madre Coraje es el ser que dice: “Mi única meta es poder sobrellevar esta época salvando mis hijos y mi carreta”, pero no lo logrará

y en cambio —de acuerdo a la sentencia que sobre ella pronuncia un personaje al finalizar el primer cuadro— deberá darle a la guerra, de la cual vive, su parte. Es el ser agobiado por su situación de indigencia que exclama: “Los pobres necesitan coraje. ¿Por qué? Porque si no están perdidos. El mero hecho de levantarse temprano lo demuestra, o arar un campo en plena guerra o echar hijos al mundo, demuestra que tienen coraje ya que porvenir no tienen”. Es el ser decepcionado de la justicia que expresa: “El soborno en los hombres es lo mismo que la misericordia en Dios. El soborno es nuestra única esperanza; mientras exista habrá valedictos indulgentes”. Y el ser acostumbrado a la “traición del porvenir” que dice: “El otoño podría llegar; digo expresamente podría porque he aprendido que nada llega necesariamente como uno lo desea; ni siquiera las estaciones”. Y el ser que grita: “Para mí el momento histórico es que le han dejado el ojo azul a mi hija”, cuando el personaje del Pastor comenta que el entierro del Comandante Tilly, frente a Ingolstadt, constituye un momento histórico; y luego “Maldigo la guerra”; y luego: Me alegra la paz aunque me haya arruinado”, y cinco minutos después entre las campanas echadas a vuelo anunciando la paz: “A mí de nada me sirven esas campanas en este momento. No veo cómo les será posible pagar los sueldos atrasados, qué será de mi aguardiente...”

Profundamente contradictoria, profundamente humana, con un honroso deseo de paz y de amor impedidos de fructificar por las necesidades materiales. (... “Nuestro Señor —dice el Pastor en el segundo cuadro— al convertir los cinco panes en quinientos suprimió la necesidad y por lo tanto supo exigir que se amaran los unos a los otros, porque los estómagos estaban llenos...” Ana Fierling y la Humanidad, saben de su capacidad de amor frustrada. Por eso, nada más desgarrador y desconsoladamente trágico que su lamento: “Hay momentos en los que me veo andar con mi carreta por el infierno, vendiendo alquitrán, o por el cielo, vendiendo comida en las encrucijadas, a las almas errantes...”

Desde el punto de vista estructural, “Madre Coraje y sus hijos” es —con el relato explicativo que precede y da unidad a sus doce cuadros— hermosamente primitiva y desnuda. Es un teatro de grandes espacios y grandes dimensiones temporales y elevados ámbitos líricos. Los poemas y las canciones que llenan la obra no son accesorios ni añadidos, sino que forman con los diálogos en general un río ondulante y oscilante entre la realidad terrestre y la idealidad del cielo.

La versión ofrecida en idioma idisch por la compañía del teatro IFT,

fué desde todo punto de vista excelente. Jordana Fain, en el rol protagónico, evidenció ser una de las buenas actrices de nuestro país, con acierto en el movimiento y en las inflexiones de su intensa voz —aunque creemos que su interpretación se resiente por una falta de entrega total. Convence, pero no conmueve. El conjunto en general, acertado, destacándose Cecilia Lincovsky en el papel de Catalina Haupt. La escenografía de Saulo Benavente, un logro importante dentro de la trayectoria de este joven hombre de teatro. Con un sentido más constructivista que el de sus anteriores trabajos, logró escenas de gran belleza, sobre todo la final, de una intensidad poética inolvidable. La dirección de Alberto Daversa, excelente. Nos sorprendió, puesto que su increíble “Antígona” de Anouilh, de la temporada pasada en el Instituto de Arte Moderno y su interpretación de “Delitto all'isola delle capre”, no nos permitían esperar nada de él.

Ahora bien; si decimos que su dirección fué excelente y el trabajo escenográfico de Benavente de una gran belleza, no podemos dejar de aclarar que preferiríamos una puesta en escena más acorde con la pureza medular y estructural de la obra, una puesta en escena de pureza germánica, como tenemos entendido que se dió en Berlín y en el Teatro Nacional Popular de París, que dirige Jean Vilar.

Un grave error —no sabemos imputable a quién— nos pareció la supresión de la mayor parte de las canciones. Sobre todo la final, importante como sentido, que termina más o menos así: “... la primavera rebulle, los muertos descansan. Y lo que muerto no está, en marcha se pone”.

Hacemos votos para que el teatro IFT efectúe representaciones de esta obra de Brecht en castellano, para que llegue al público de Buenos Aires a través de una auténtica versión, antes de que a alguna de nuestras corajudas actrices se le antoje utilizar a Madre Coraje para sus velocidades de “prima donna”.

CINE

"PACTO SINIESTRO"

A HITCHCOCK LE QUEDA GRANDE EL CONTRABAJAJO

Cuando un director que, alguna vez, tuvo un lugar entre los grandes del cine, subsiste y persiste en repetir lo que antes fuera inspiración, talento, y ahora es fórmula, entonces hay que comenzar a considerar sus bien ganadas posibilidades jubilatorias. En el caso que nos ocupa, se nos ocurre que a Hitchcock le está quedando grande el pasado. Después de algunas desafortunadas experimentaciones (*La saga, Cuéntame tu vida*) lo vemos en *Pacto siniestro* volver a sus primeros amores, en busca de aquella pureza expresiva que acunara sus éxitos. Pero ahora, con premeditación, con matemáticas, ya no vale. Y no es que pretendamos la absoluta espontaneidad, o el automatismo creador: nada de eso. Sabemos que en el cine, quizás en mayor grado que en cualquiera otra rama del arte, todo debe ser calculado, medida minuciosamente, controlado *a priori*. Pero una cosa es emplear la ciencia para plasmar ideas, y otra muy diferente pretender crear esas ideas, cuando no existen, por medio de la máquina. Y eso es lo que pasa con el Hitchcock de *Pacto siniestro*: ni emoción, aviesa calidez que define cualquier manifestación artística, ni dinamismo psicológico. "Suspense", nada más. Pero un suspense frío, resobado, previsible. No aquel suspense angustioso de '39 *Escalones*; ni aquel, con reminiscencias del

mejor expresionismo, de *Sabotaje*; ni siquiera el que se apoya en las intrigas argumentales de *Corresponsal extranjero* y *Saboteador*. No, aquí hay, sí, suspense, pero un suspense meramente mecánico, un suspense de tira la cuerda y salta el muñeco. Ingenio de juguetería al servicio de una historieta de veinte centavos.

Y es una pena. Porque la película tiene cosas lindas; verbigracia: el partido de tenis, magníficamente filmado y montado, o el crimen distorsionándose en las gafas caídas de la víctima. Pero esas cosas complementan una obra de calidad, no la crean. Antes, tenemos que tener la base, una historia con seres humanos de carne y hueso, no un teorema de soldaditos de plomo o una partida de ajedrez.

Robert Walker era un buen actor. Aquí lo demuestra, al apuntalar un personaje dibujado, desde el libro, d' un solo trazo y sin matices que le den una mínima organización vital. Los Jevicás ocupan cómodamente sus puestos, sin inquietarse demasiado.

Técnicamente, obvio es decirlo: diez puntos.

Siguiendo su costumbre, Hitchcock aparece en una toma. Hace un señor gordo que lleva un contrabajo y sube a un tren. Su papel, no por corto, resulta menos dificultoso, ya que el tamaño del

instrumento supera su propia altura. No sabemos si el contrabajo ha crecido, o si el gordito Alfred se nos está encogiendo con el correr de los años. Esperemos que se trate de lo primero. El realizador de *La dama desaparece* tiene guardado un lugar en nuestra gratitud de amantes del séptimo arte, y no queremos pecar de desmemoriados.

"EL LADRON", un film sin diálogos que no dice nada

Después del derroche de *lata en lata* con que, últimamente y salvo alguna discreta excepción, nos han obsequiado los más recientes films americanos, soviéticos, franceses y argentinos, nos llega *El ladrón*, expresión de una frustrada rebeldía contra esa epidemia que amenaza destruir la personalidad del arte cinematográfico. Frustrada, sí, porque al exasperar la fórmula contraria sus realizadores incurrir en la imponderable tontería de fabricar, no un film "mudo", cosa muy respetable, sino un film de mudos, pueril manifestación de un malabarismo inútil e insensato.

En *El ladrón* hay ruidos, hay música de ambiente, hay situaciones que requieren, cuando menos, un "Buenos días". Pero no: por puro capricho, Ray Milland se obstina en no decir esta boca es mía, ni aún cuando lo llaman por teléfono, cosa que ocurre unas 735 (setecientos treintaicinco) veces en el transcurso de la proyección (son las que alcanzamos a contar antes de sentirnos invadidos por un sopor irreductible). Además de no hablar, este muchacho que roba secretos atómicos con mayor facilidad que la que nosotros, en la dorada infancia, disponíamos para agenciarnos las naranjas del frutero de la esquina; este muchacho, aficionado a la fotografía microscópica de documentos científicos, intenta demostrar al público

(y, lo que es más grave, a sí mismo) que está obsesionado. Lo cual se advierte porque suda, camina por la habitación con la nerviosidad de un argumentista en busca de ideas originales y, sobre todo, porque no cede (?) a las miradas prometedoras de Rita Gam, una nueva (en cine) que une a sus curvas el poco común encanto (y aquí sí es una virtud) de expresarlo todo en acción, movimientos, demostraciones, con prescindencia absoluta de la palabra dicha o escrita...

Russell Rouse, un director con más inquietud que talento, ya nos había demostrado ampliamente en *El pozo de la angustia* que no sabe conducir actores, a los que convierte en títeres que mueve al milímetro, marcándoles hasta la forma de respirar y quitándoles su expresividad propia para imponerles clisés convencionales. Aquí, hasta Ray Milland, cuyos gloriosos días parecen haber quedado efectivamente sin huella, parece un aficionado del tipo concreto en dieciséis milímetros: hay momentos en los que una piedra sería más expresiva, y otros en los que se mueve y gesticula tanto que la cámara ya no sabe qué hacer con él...

Alguna que otra toma feliz, la inquietud de su montaje y ciertos instantes de lograda tensión, no alcanzan a cubrir el déficit de calidad que esta aventura deja como saldo. Como final se incluye una profunda definición psicológica del arrepentimiento y de la resurrección del patriotismo en el protagonista, a cargo de imágenes visuales en una sucesión de letreros luminosos que anuncian dancings, ropa interior para señora y jamón con huevos.

Después del diluvio, la sequía. ¿En qué terminará este arte de Einsestein, Murnau, Dreyer?...

DAVID JOSE KOHON.

BIBLIOGRAFIA

CORRADO ALVARO. — *La Edad Breve*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

En una correspondencia enviada desde Roma a *La Nación*, en abril de 1927, Pietro Solari señala como digno de anotación el que Corrado Alvaro, entonces uno de los "scriptores novi", no perteneciera a las huestes fascistas y que, aunque secretario de redacción de la ultra-fascista revista "900", se permitiera ser opositor "aunque se retirara pronto de la arena política para aislarse en una digna y correcta reserva". Le mencionaba asimismo como colaborador de *La Gaceta Literaria* de Madrid, de la *Literarische Welt* de Berlín y de la *Revue Européenne* de París, citando entre sus trabajos un libro de versos titulado *Poesías Verdegrises* escrito durante la guerra del 14; un conjunto de cuentos agrupados en 1921 con el título de *La Hoz y el Huerto*, y, por último, su novela *El Hombre en el Laberinto*, de 1926.

Esta escasa filiación del autor de *La Edad Breve* no basta para situar a uno de los mayores escritores actuales de la lengua italiana. A la omisión en que incurrieron los editores se agrega un largo lapso de treinta años de desconocimiento de su obra en nuestro país, parecida a la orfandad que hasta no hace mucho tiempo padecieron autores de la talla de Vittorini, Piovene, Moravia, Pratolini y Pavese. La escasa literatura italiana conocida durante la vigencia del imperio del balón sólo muestra epígonos de D'Annunzio y Giovanni Verga. Los Panrepresentantes rezagados de una generación revolucionaria que se hizo conformista.

La obra que comentamos —seguramente no la más importante del autor— se descubre a sí misma en un párrafo de la primera página: "Miraba a los zini, Malaparte, D'Ambra y Papini son

hombres como a seres de otro reino, semejantes a las montañas y los árboles. De ellos depende la vida de los niños; de ellos, criaturas de edad inaccesible a la que nadie podrá llegar nunca, ya que todo es eterno en la infancia, hasta los ancianos, hasta la muerte misma". Al instituir Corrado Alvaro con una correcta mira infantil los dos mundos vigentes en Rinaldo, el de sus juegos y fantasías (realidades cotidianas), y aquel otro mundo abstruso de su padre, formula una tendencia a plasmar no ya el enfrentamiento de ideaciones o conflictos mutuos, sino el simple transcurso de una etapa infantil que culmina al aprehender el niño los hasta entonces inasibles recursos de la hombría.

Más que el encadenamiento de los hechos importa al escritor calabrés la pintura de ambientes, a cuyo amparo desarrolla Rinaldo sus años. El pueblo o el colegio cural son tan importantes para la comprensión de su drama como lo son sus vivencias íntimas y sus inclinaciones naturales. En rigor, no podría llamarse argumento a una serie de planos yuxtapuestos de recuerdos y asociaciones expresados por una prosa crepuscular y elusiva. La fuerza de los acontecimientos se hace presente sólo en forma fragmentada, como si el póssito de Alvaro fuera el de soslayar su importancia convirtiéndolos en simples hitos de la lenta ascensión de esa edad breve que Rinaldo trataba de retener ("no habría querido crecer nunca", dice).

El lenguaje ceñido y austero de Alvaro acuerda un tono evocativo de características tristes. Los sucesos aparecen en una conciencia viril sin haber sido despojados de sus significados misteriosos y terribles; por el contrario, fuera intención del autor distorsionarlos, tomarlos ambiguos, encadenarlos mediante el efecto que producen en el personaje, más

que señalarlos en posesión de una verdad intrínseca. Se convierten en recuerdos antes de haber podido constituirse en fijaciones. Es que Rinaldo no es un niño torturado; apenas si a su introspección se mezcla una pizca de humor salobre que le hace preferir la búsqueda de los desamparados, no como escape de sus propias dudas, sino como convicción, como reacción ante una familia y un pueblo que se le antojan vanos e hipócritas.

Ni siquiera se altera el tono monótono del relato al rozar los aspectos sexuales de la trama, que para un Moravia fueran pretexto para francas provocaciones eróticas. Dispone de los elementos libidinosos con la misma mesura que preside sus descripciones, sin traficar con los contrastes y las perversiones del instinto; aun las intenciones homosexuales de algún funcionario del colegio se soslayan con tal corrección, que ese pudor no imputable a mojigatería podría señalarse como ejemplo para el tratamiento literario de temas donde se impone la franqueza y el verismo.

En su obra *Adolescencia*, Hans Carossa, dilecto de Rilke, con ser más poeta que Alvaro es menos fiel a su intento de dar a esa iniciación del hombre sus características propias; aquel hermoso relato en primera persona contiene demasiado del Carossa escritor o del Carossa filósofo, para dar vía libre al Carossa adolescente. Está siempre presente detrás de sí mismo como personaje, revistiéndolo de vivencias de orden psicoanalítico que subalternizan su intento de ser verosímil. En contraposición, Alvaro es más auténtico sin dejar de ser más escritor; su relato, en tercera persona, está desprovisto de parcialidad. No conduce a su personaje, le muestra en su medio, e innova en el sentido de hacer de un pueblo, de un colegio o de una familia, con sus intrigas y miserias, sus prostitutas y sacerdotes, sus comer-

cientes e imbéciles un factor importante en el descubrimiento que de sí mismo hace el personaje. Le libera de toda introspección contemplativa o morbosa, le muestra hacia afuera, que es de donde recibe sus estímulos, como niño normal que se sabe en posesión de sus facultades, ya que no de sus posibilidades, y construye así un Rinaldo convincente dentro de un ambiente verosímil, todo lo cual es susceptible de recordar:

Que es el mejor elogio que puede hacerse al autor, de quien confiamos conocer nuevos trabajos. La traducción, de Mario Pezzoni, adolece de algunas deficiencias, entre ellas la de recurrir a redundancias innecesarias.

Gregorio Selser.

JORGE D'URBANO. — *Cómo Escuchar un Concierto*. (Colección ORO de Cultura General. Editorial Atlántida. Bs. Aires, 1953).

Yo no ignoro que en este Buenos Aires de sorpresivos acontecimientos hay quienes, impersonalmente, siguen a Jorge D'Urbano porque lo confunden con la misma crítica musical, porque suponen que sus opiniones son las opiniones del crítico más perspicaz, porque aprecian su ingenio, porque celebran su sagacidad, porque no dudan de su erudición. Yo no lo ignoro, porque yo soy uno de aquellos o, porque al menos, minuciosamente lo fui. Hace algunos años sus notas se abrieron paso en un ambiente contaminado por la vulgaridad, los compromisos, la incompetencia. De inmediato concitaron el interés general. Substancialmente, hablaban de estos tiempos, del poder de la mentira y la banalidad, de la resplandeciente y engañosa gloria, de la función subalterna a que el intérprete estaba reduciendo a la música, de la ambición y la notoriedad a expensas del arte. Esencialmente, eran notas inteligentes, potentemente originales, sin-

gularmente nuevas, superiores — ¡menzada gloria! — a cuanto nos era conocido dentro de los estrechos marcos de nuestra crítica especializada. Formalmente, tomaban todos los recursos del periodismo polémico en particular y de la crítica artístico-literaria en general y, sin crear ninguno, los incorporaba con verdadera habilidad a la técnica aceptada del comentario de los hechos musicales. Sus notas eran pequeños ensayos, desarrolladas en un estilo sumamente brillante y daban la sensación de perseguir el mismo objetivo que se propone una novela o un libro de cuentos: una carrera literaria. Sus notas eran (siguen siendo) precisamente eso: *literarias*. La esencia a ratos negativa, a ratos positiva de estos méritos no puede restarles valor alguno, porque el mérito mayor les viene del hecho de haber conseguido despertar el interés del público por el comentario crítico, en otros tiempos, con justicia, adormecido. Desde luego nunca creí que esas notas fueran materiales de colección y nunca sospeché que su autor mereciera figurar en la galería de los que recuperaron al público y le inyectaron nuevas dosis de confianza hacia los que intentan orientarlo a través del accidentado camino de la audición musical. Pero lo que puede sostenerse es que, entre otras cosas, esas notas, al menos, contribuyeron a terminar con la jerga, las fórmulas huecas y las explicaciones inexplicables. En un libro memorable ("Writers and their Critics", A Study of Misunderstanding, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1945), que es algo así como una crítica, Henry Peyre observa: "En la crítica, como en la busca de la felicidad y de la belleza, lo importante no es lograr sino ensayar; no es encontrar sino perseguir. Los "standards" no son loables cuando se los ha descubierto y aplicado, sino cuando se los busca". Por lo que entiendo,

las notas periodísticas de Jorge D'Urbano no le ubican entre los que buscan; le ubican entre los que ensayan.

Esta fatigosa introducción tiene un motivo del que no deseo abusar. Es el de justificar lo que quiere ser la crónica de una decepción. Y ella, como todo en este mundo, tiene sus límites: se inicia alguno de los días de alguna de las dos últimas temporadas en que una de las frecuentadas notas de Jorge D'Urbano me parece levemente superficial y especialmente formalista. Tiene su fin en este libro con un título que insinúa experiencias que se agotan con increíble rapidez y anuncia recomendaciones que no van más allá de las específicamente cronométricas. "El mejor consejo que se puede dar a un oyente — dice el autor — es que siempre trate de llegar con un razonable margen de anticipación a la sala de conciertos". Por la advertencia que decora la página uno, el lector se entera de que el libro no es una obra para especialistas sino para aquellos que amando la música quieren comprenderla mejor. Que no es tampoco una obra técnica sino un libro para ser leído por gentes de cultura general. Descreo de los manuales. Este no hace más que acrecentar mis recelos. A gentes de cultura general que aman la música — aunque no la "entiendan" — no es menester explicarles que "cuando se escucha música o se mira un cuadro, la actitud de un ser humano, en primer lugar, es de goce, un particular goce llamado estético..." (el subrayado es mío: J. A. B.), porque la gente de cultura general puede pensar que cuando se escribe un libro de divulgación la actitud del autor, en primer lugar, debe estar dirigida a eludir las perogrulladas. A menos que se quiera producir un libro de divulgación escolar y esto no se dice

en su texto aunque a veces se intuya en su tono. En segundo lugar, descreo de los manuales como descreo de los tónicos para evitar la caída del cabello. Los resultados no condicionen con el rótulo. En "Cómo escuchar un concierto", se le dice al lector cómo es y cómo debería ser un buen programa, se le explica, muy elementalmente, cuáles y qué son las formas musicales y cuáles y cómo son los instrumentos, para concluir con la opinión del autor sobre el problema de la apreciación. En verdad no se enseña cómo escuchar un concierto, sino simplemente se ponen en manos del lector algunos elementos para *escuchar mejor un concierto*, que es, por otra parte, como debió haberse titulado este libro. Como aporte, el trabajo de D'Urbano adolece de anacronismo. Después de los exhaustivos y conversados libros de Salazar, después de las historias de Liechtenrit, Einstein, Leuchter, entre otras innumerables, y sobre todo después de "Música para todos nosotros", de Stokovky, al que el libro del crítico argentino hace recordar con demasiada frecuencia, hablar de las formas, de los instrumentos, de las leyes acústicas y de la apreciación, es asunto de riesgos porque supone repetir cosas demasiado bien dichas y al alcance de todos desde mucho tiempo atrás. Una o dos notas de humor, tienen la ventaja de evocar sombras queridas. Antonio Machado escribió en "Juan de Mairena" (tomo I, pág. 26, Ed. Losada, Bs. As.): "Balzac me parece un autor tan insignificante que ni siquiera lo he leído". En la pág. 23 de "Cómo escuchar un Concierto", se lee que cuando el autor le preguntó a un interlocutor ocasional que se refería despectivamente a Mahler cuántas veces lo había escuchado, la respuesta del interrogado fué: "¿Escucharlo? ¡Jamás! Me aburriría de muerte". Salvo en la faja publicitaria donde se dice que el libro ayuda a gozar de la música

sin necesidad de conocer su técnica, en ningún otro lugar se hace referencia directa al problema del estudio de la música; en el libro no se le dice una sola vez al lector que para escuchar mejor un concierto le convendría estudiar música. Es curioso. Imagino que un crítico de experiencia sabe que este tiene que ser el mejor camino para el logro de una verdadera y profunda apreciación musical. Cuando entre nosotros se enseñe música racional y sistemáticamente como ahora se enseña aritmética o geografía, se habrá conseguido dos cosas importantes. Primero, se habrá conseguido que la gente comprenda la importancia de este conocimiento esencial para el desarrollo de la cultura de un pueblo; segundo, se habrá descubierto la inutilidad de los manuales que ya no tendrán razón de ser.

Esta excelsiva y enojosa relación de algunas decepcionantes debilidades de "Cómo escuchar un concierto", jamás habría sido escrita de no tener en cuenta la innegable importancia de su autor en el panorama de nuestra crítica musical, de no mediar la circunstancia de sus estimables condiciones, de no recordar la confianza y las esperanzas que alguna vez depositamos en los valores de este crítico.

Jorge Aráoz Badi.

Todo es Dios, cuentos de MUNDINI SCHAFFTER. — Editorial Lumen, Buenos Aires, 1953.

Es éste, aparte del valor indudable de su factura literaria, un libro que gana nuestra simpatía; y su autor, aparte de su conocida actuación como actor cinematográfico, un hombre raro. Cuatro cosas distintas y un solo amor verdadero: el de la creación artística, lo que ya es decir.

Nosotros, que por naturaleza nos tenemos mutuas desconfianzas, no estamos

en condiciones de definir o hacer celebridades, porque esto sería risible si no hubiese un enemigo en contra (a veces los enemigos no están en contra) que siempre se sonreirá, ay!, de nuestras insubstanciales pretensiones: el tiempo, ese joven sin edad que nos asiste y cuando se ríe es para jorobarnos, circunstancia que al parecer no tuvo en cuenta Schaffter, porque "este es el libro —afirma— del que todo escritor abjura veinte años después", de lo que no estamos de acuerdo porque el suyo es un buen libro.

Salta a la vista que su propósito no habrá sido ganar fama con él porque ya la tenía con su actuación en el cine. Además, reivindica su verdadero nombre, dejando a un lado su ya difundido seudónimo de actor cinematográfico, que pudo haber aprovechado para darle — con el consiguiente beneficio — amplitud comercial a su nueva actividad. Es que su otro yo no era el que conocíamos a través de la pantalla cinematográfica. Le dió valor principalísimo a su vocación literaria, no subestimando —por otra parte— el oficio de escritor, lo que ya es importante y por cuya sola razón, si no hubiesen otras, se debería destacar su libro.

Contra la epidemia que sufrimos al por mayor de la mal llamada literatura policial con su atisigante exhibición de toda clase de crímenes y pistoleros al agua colonia con que se atascan los quioscos callejeros como un nefasto bombardeo a diestra y siniestra y caiga quien caiga, libros como éste de Schaffter vienen a refrescar el ambiente con su saludable latigazo. Los sociólogos en acecho, incapaces de comprender el presente, no lo entenderán así. Mas aquí no hay subproducto, señores; "Todo es Dios" es un viento recio que nos sacude

con su viril realismo y su potencia alada. Mauriac fué el que dijo que "nada se parece más al cinismo que la clarividencia".

Es condición del escritor, antena perfecta y testigo de todo tiempo, saber ubicar cada cosa en su lugar. Los cuentos de "Todo es Dios" no se escriben así no más, por interés en tal o cual cosa —un premio literario o una canongía, por ejemplo—; aquí hay reciedumbre, calidad y conducción segura del relato, es decir, básicas condiciones del escritor. En su libro no hay esa vaga conducta que caracteriza al mediocre o al torpe metido a literato. Es firme, seguro y suelto en su desplazamiento. Y su orbe es vario como el mundo. Seduce; percibimos que es uno de los nuestros. Leyéndolo se tiene la evidencia de que no es ningún improvisado ni tampoco que hace esta incursión a las letras por mero azar. Hay en él una firme y madura vocación de escritor que —nos parece— es bueno subrayar honestamente. Lo demás será resentimiento o incomprensión de toda supuesta crítica.

"Todo es Dios. Y el Demonio sufre porque no logra olvidarlo", son sus palabras, y sabe decirnos cuándo ese hipotético demonio sufre —porque no puede olvidar a Dios— como amigo o como enemigo.

Hay que ir a cuentos de atmósfera densa y cautivante como "777" o "Romance de tierras bravas", los mejores del volumen, para tener una idea de sus valores, véase qué síntesis y qué idioma, en una parte del último, que transcribimos, págs. 83 y 84:

"Sintió el fustazo de la noche abierta y se tambaleó. Después buscó el rancho con los ojos y deteniéndose apuntó su cuerpo como una escopeta. Se disparó hacia allá y llegó de un solo embuste. Paró con las manos contra la puerta.

Estaba trancada. Pensó. De sus labios brotó una inmundicia y rodeó el adobe hasta la ventana trasera.

"Los batientes de madera blanda cedieron a su impulso. Rosa saltó asustada y al ver el bulto contra la frágil palidez de las estrellas reconoció al instante la aventada melena, las entornadas orejas.

"Pero antes de que pudiera voltear la pierna para entrar, Rosa le empujó como un macho furioso por los hombros y el pecho. Sintió el olor a vino y su furia aumentó. Un puño pequeño golpeó la nariz del Rolo igual que una piedra y el novio fracasado cayó de espaldas. Rosa trancó la ventana. Se durmió apretándose los pechos".

El mismo estilo del Güiraldes cuenta, á quien iguala en fuerza en este relato. Vibración poética no le falta.

Tiene aliento de novelista; y es indudable que terminará por serlo, a poco que se lo proponga. Domina el oficio y lo hace con una riqueza de léxico y recursos imaginativos que hace pensar, en cierto modo, en una revelación de nuestra literatura. Condiciones no le faltan para constituirse en una verdadera realidad en ese sentido, pues nadie, que sepamos, tiene su fuerza de expresión y su seguridad para conducir el relato. Si se lo propone —y pensamos que sí—, yendo a su propia infancia, a su experiencia de la vida, buceando en su yo psicológico, extrayendo de sus conflictos con el medio lo que crea más a fin con su temperamento, hará la gran novela que es de esperar realice un escritor dotado como lo es él.

Quien lea "Todo es Dios" incurrirá en grave error si quiere orientarse únicamente por cierto matiz —necesario como al pintor para aclarar o reagravar la pesadumbre o liviandad de ambientes— para buscar lo que no estará sino en su mente, pues es lógico que el es-

critor coloque o mueva a sus criaturas en el escenario apropiado, con sus estados anímicos y sus taras, porque de eso fluye la vida que crea con el soplo de su arte, y no de otra cosa. La vida es todo el hombre y así, en sus manifestaciones, tiene todos sus aciertos y también todos sus errores, a través de esa trágica aventura que es vivir.

La vida, es cierto, tiene sus contradicciones; y sus mecanismos no están hechos de fría precisión; fluctúan y están expuestos a las acciones y reacciones psicológicas del ser humano, por supuesto. No perdamos de vista esta circunstancia para entender —efectivamente— un libro que está hecho con una gran ambición; porque la vida no es sólo ese color rosa que puede estar en la retina de cualquiera; sino un imponderable, tal vez el único por su naturaleza y complejidad, al que no nos cansaremos de interpretar según tantas individualidades haya en el espacio vital de cada uno, con su porción de tragedia.

En definitiva, "Todo es Dios" es un libro original y acusa en él una personalidad nueva en nuestros medios literarios, donde sin duda no caerá con simpatía, porque ya es común la reacción que se manifiesta en esos medios contra el que vale. Algún día habría que escarbar la cola a ese extraño bicho para atraparle y saber qué es.

En este libro están —preciso es no olvidarlo— los cuentos más novedosos escritos últimamente entre nosotros.

La vida de sus personajes alterna entre el bien y el mal, y se suceden en función del destino de cada uno, que se cumple, pero siempre con ese hilo de humano error con que la fatalidad aureola al hombre.

El autor pone abiertamente sus cartas sobre la mesa con una destreza que encanta. Y es lógico que lo haga. Sus

Cuando son buenos. Y nos convencen los hechos, de los que se vale para llegar a conclusiones filosóficas de un orden muy personal, pero que tienen suficiente fuerza persuasiva para que nos intersemos por él. Tendrá vida para rato. Su fe es indudable. Y su juventud también.

Máximo Fresero

NAZIM HIKMET. — *Poemas*; traducción de la antología francesa, realizada por Amaro Villanueva y Julio H. Meirama. Introducción de Tristán Tzara, notas de Hassan Gureh. Editorial Lautaro.

En un acertado paralelo entre el sentido respectivo de la obra poética de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado decía algunos años Arturo Serrano Plaña que "Juan Ramón es un poeta moderno y Machado lo es antiguo o más moderno", aclarando enseguida esta aparente contradicción con una referencia a "la posibilidad de que se avencine una nueva poesía con mayor parentesco en relación a los viejos cancioneros o romanceros que con el mundo llamado, para designarlo de alguna manera, modernista".

Traigo este recuerdo porque, a mi juicio, por ahí anda la cosa. Y porque moderno, sí, y no modernista ni a la moda, es también el extraordinario poeta turco que ahora nos hace conocer Lautaro, por primera vez en castellano — escasos poemas habían sido adelantados en algunas publicaciones—. Como lo es el Neruda desnudo y trascendente del "Canto General" o su producción posterior. Y es claro que aquel parentesco con los viejos cancioneros en el actual movimiento de la moderna poesía hacia una mayor trascendencia popular no es una evasión al pasado. Por el contrario, es una necesaria toma de contacto con el porvenir, en la medida en que se hace

evidente que el pueblo asume de más en más un papel decisivo en todos los ámbitos de la actividad humana, incluida naturalmente la poesía. El mismo Nazim, por su parte, se encargó de precisar sus puntos de vista en una carta a jóvenes poetas franceses, uno de cuyos párrafos afirmaba: "Lo que no me gusta, en la mayor parte, es que no sois bastante claros. A menudo, también, tendéis a hacer una poesía de claro de luna. Sucede que lleváis a tal punto vuestra tendencia a negar la forma, que vuestra poesía se vuelve de un formalismo informe." Y bien: si estas palabras eran señeras y vitalmente necesarias para los jóvenes poetas de cualquier lugar de la tierra, aún en su simple formulación teórica a modo de consejo, es con la publicación de esta feliz antología de Nazim que adquieren una especial significación de acontecimiento. Se me ocurre que la trascendencia del volumen hará que muchos colegas, y en muchas partes, se ocupen comentarlo.

Ello me permite limitarme a destacar especialmente su importancia dentro del terreno estrictamente literario, o más específicamente poético, aunque no pueda dejar de señalar su tremenda resonancia combatiente que, por ejemplo, en "Cartas y poemas", hablando a su compañera desde la prisión en donde estuvo recluso doce años, alcanza una vibración humana sólo comparable a las paralelas páginas en prosa de Julius Fuick.

Nazim Hikmet —y esto se advierte aún a través de las dificultades muy hábilmente sorteadas por los traductores, pero inevitables, de una doble traslación idiomática— es profundamente turco. Por eso, porque plantea poéticamente los grandes problemas humanos a través, no de un hombre teórico y abstracto, sino de los cotidianos Yunuf o Hassan de su patria, que no es —y lo dice en versos vibrantes— el colorido superficial de Pierre Loti; por su ancho uni-

versalismo de fondo y por la forma exactamente nacional en que lo desarrolla, el autor de esta antología es, sin duda, una de las más poderosas voces poéticas de nuestro tiempo.

Otro aspecto notable de la poética de Nazim es el equilibrio entre el más delicado subjetivismo —las emociones más auténticas, una ironía juguetona aún en medio de los sufrimientos que a otros llevan al llanto desesperanzado— y la fuerza de la épica colectiva. No se trata de que le cante simultánea o alternativamente a "esto" y a "aquello". Es que "esto" y "aquello" para él es la misma cosa, toda su vida de hombre enamorado de los viejos senderos de su tierra y del nombre que ha "grabado con la uña en la correa del brazalete", pero también del destino de todos los otros hombres que, en su patria como en la golpeada Abisinia de las "cartas a Taranta Babú", tienen un destino común y pueden entender y sentir estos versos de auténtico universalismo.

En cuanto a lo estrictamente formal, sorprende inicialmente su manera directa y aparentemente llana, que —luego lo advertimos— nos excluye sino que precisamente configura una originalidad poderosa. Originalidad sin preciosismos, claro está, y de ninguna manera hermética, pero que está muy lejos de la fácil enumeración de consignas o acontecimientos.

Importante aporte a nuestra cultura e incluso a la particularísima búsqueda de una expresión poética nacional es la publicación de esta antología. Porque la defensa de lo nuestro, claro está, no puede significar el cerrar los ojos a las experiencias más avanzadas de la poética contemporánea, máxime cuando, como en este caso, la enseñanza de Nazim no puede asumir jamás la forma de una manera, de una moda exterior, porque encarna precisamente uno de los más

notables ejemplos contemporáneos de una poética nacional que, por eso mismo, asume una indiscutible trascendencia universal.

Horacio Raúl Klappenbach.

ROMAIN ROLLAND. — India. (Colección El Mirador, Editorial Hachette, Bs. As. 1953).

En febrero de 1915, cuando a Romain Rolland faltan aún catorce años para que publique sus libros orientales —*Vida de Mahátmá Gandhi*, *Vida de Ramakrishna* y *El Evangelio Universal (Vida de Vivekananda)*— y cuando es ya el escritor que en sus cálidas manos el cetro humanístico de Europa con más autoridad que nadie desde el lejano tiempo de Erasmo de Rotterdam; cuando está a sólo doce meses del Premio Nobel, encuentra sobre la mesa de trabajo de su librería de París, la misma donde se había posado el manuscrito de treinta y ocho carillas que le enviara Tolstói desde Yasnaia Poliana, fechada el 14 de octubre de 1887 y habilitado su franqueo por el matasellos del correo zarista, una carta del escritor indio Ananda K. Coomaraswamy acompañada de un artículo que le ha dedicado en la revista londinense *The New Age*. El compatriota de Gandhi ha escrito una crónica de fuerte acento dramático y de clara visión política, de exaltada proclama antiimperialista. Pero, como buen alumno que engruesa el discípulado del líder del resurgimiento hindú, no quiere que la India trabaje exclusivamente para sí y con la mirada fija en su propio destino, sino que lo haga extendiéndola generosamente hacia una concepción universalista que redima enteramente a este mundo extraviado cuyos pecados superan ya toda la indulgencia y el perdón del cielo. Para creer en esta redención, puede asistirse tanto del pensa-

miento de Jesús como del de Buda: pues si el Nazareno había dicho a los pecadores: "Nunca me cansaré de vosotros", y el Gautama en su Sermón de Benarés, adelantándose al que su sucesor en la infinita piedad pronunciaría en la Montaña, había hecho idéntica manifestación, y si por esos días de 1915 está naciendo la *Kristagraha* —movimiento que combinaría la concepción oriental de guerra sin violencia y estrategia de una acción no violenta, con el cristianismo (no el pétreo catolicismo de Roma), pues entonces Coomaraswamy puede creer en el perdón divino y pedir que la India no devuelva a Europa "mal por mal", sino que se apiade de ese continente cuyas fuerzas capitalistas han echado tenazas de estranguladores mandíbulas en Oriente, a la vez que sumido en el pauperismo y en la injusticia social a los pueblos europeos.

El creador de *Juan Cristóbal* se estremece cuando lee en el artículo del escritor indio: "Sin duda la India moderna parece muerta; no tiene ni alma ni carácter. Pero para encontrar de nuevo esa alma le es preciso buscar otra cosa que su propia vida y su propia felicidad. No volverá a hallarse a sí misma sino dándose entera. ¡Que no trabaje ni para los indios ni contra los ingleses, sino por todos los hombres, y que devuelva a Europa bien por mal!" Pero mayor y más convulso aun ha de ser el estremecimiento cuando lea otro pasaje. Hace cinco meses que el *Journal de Genève* ha publicado su patético ensayo *Audessus de la mêlée* ("Por encima de la contienda") y he aquí lo que lee en el artículo de Coomaraswamy (escrito en la Navidad de 1914: "Si en este momento ya no es creadora" —la India— "por lo menos posee la sabiduría del pasado; guarda en sus manos la ciencia de la paz que, lejos de inculcar la inacción, enseñó a Arjuna a combatir con todas

sus fuerzas, manteniendo su espíritu por encima de la contienda, y le mostró la vanidad pasajera de la vida y la necesidad del combate desinteresado". La vida y la obra de Romain Rolland están típicamente retratadas en ese artículo de Ananda K. Coomaraswamy con anticipación a la extraordinaria empresa realizada por el escritor, musicólogo, esteta y dramaturgo que fué a un tiempo la más pura figura del mundo occidental, y el único hombre de letras que, en su época no rehuyó el compromiso moral de participar de los graves y dramáticos acontecimientos que la comovieron típicamente.

Con la referencia a este episodio se abre el libro de quinientas páginas que comprende una parte del *Diario* del solitario de Villeneuve bajo el título de *India* y el más revelador subtítulo de *Tagore, Gandhi, Nehru y los problemas hindúes*. Si guiáramos nuestras conjeturas por este extenso e intenso fragmento de su *Diario*, en que se trata de las cuestiones asiáticas que tanto le interesaron a su introvertido y minucioso redactor, debemos sorprendernos un poco de que este gran espíritu (antes que gran escritor) haya prohibido la publicación de sus apuntes íntimos no después de cumplidos los cincuenta años de su muerte, acaecida en la triste y amarga Navidad europea de 1944. Su viuda ha autorizado que se tirara del balduque para desatar el apretado y alto rimer que contienen tantas reflexiones, conversaciones y posiblemente secretos muy propios de una vida tan intensa y laboriosa como la del autor de *Pedro y Lucía*, permitiendo la publicación de los extractos y las partes referentes a sus relaciones con los escritores, políticos, santos, místicos y líderes hindúes, seguramente por haber advertido que a nadie perjudicaría la revelación de esos trozos del *Diario*, con excepción del per-

juicio que pueda acarrear a los imperialismos, el cual resulta al fin un verdadero y positivo beneficio para los pueblos oprimidos y para los países cuya soberanía política está invadida por el imperialismo, que ahora debe ser definido como pulpo agonizante cuyos tentáculos están aflojándose en un desfallecimiento sin remedio. Quizás no pasará mucho tiempo antes de que se conozca íntegramente todo su *Diario* sin que los apasionados lectores de Romain Rolland deban aguardar los cinco (ahora cuatro) rigurosos decenios impuestos por quien lo ha escrito. Hace un año, las Ediciones Albin Michel, de París, han publicado *Le Cloître de la rue D'Ulm* (*Journal de Romain Rolland a l'École Normale* (1886-1889)), suivi de *Quelques lettres a sa mère et de "Credo quis verum"*, páginas que pertenecen también a los *cahiers* celosamente custodiados por madame Marie Romain Rolland. Por lo que se ve, y a menos que existan páginas de verdadero apocalipsis y de tremendas revelaciones que sería preferible exhumar dentro de cuarenta años, muy pronto nos será dado conocer el diario completo del gran pacifista, humanista, y, pese a muchas objeciones, gran escritor, ya que *Juan Cristóbal*, contra toda la implacabilidad de esfumino que tiene el tiempo, continúa leyéndose e interesando con mucha viveza. De otra parte, las ediciones de su *Tolstoi*, su *Miguel Angel* y su teatro, renovadas constantemente, revelan con suficiente elocuencia que Romain Rolland no es todavía una figura *superada* y ni siquiera una figura que pierda interés paulatinamente, que es la más grave y definitiva de las maneras por medio de las cuales alguien pueda, desaparecer sin resurrección posible. De la caída vertical y repentina, puede esperarse siempre el resurgimiento, como nos lo ha demostrado tantas veces la

historia y la política. De las muertes que tienen previo largo proceso y larga agonía no cabe esperanza alguna de paliogenesia: pareciera que la "paulatinidad" de una desaparición sirviera a los fines y tuviera por origen el propósito de preparar y asegurar bien el fallecimiento sin recusación ni apelación de ninguna clase. El Ave Fénix no moría por obra de los lentos y fatigantes calores de Arabia sino rápidamente achicharrada en la hoguera.

La pléyade firme y consecuente de lectores de Romain Rolland acudirá ahora a *India* con la ansiedad de conocer pormenores de las inclinaciones orientalistas que tanto incidieron en la posición de Rolland en sus largos años de trabajos, correspondencia, entrevistas y libros relacionados con sus inquietudes orientales. En este volumen denso y extenso, en donde se pormenoriza los detalles más importantes o intrascendentes de su vínculo con sus amigos de Oriente, dejan su estela Rabindranath Tagore, el ruseíser de la India, con "su hermoso rostro, noble y fino", su voz "dulce, débil, de soprano", recitador de los versos de Keats y excomulgador de Inglaterra y de todos los imperialismos; Mohandas Karamchand Gandhi, con su blanco albornoz, la cabeza destocada y desnudas las piernas, con sus anteojos, su boca desdentada, su risa nerviosa, abrazando a Romain Rolland sobre el umbral de la villa suiza de Lionnette (habitada por Magdalena Rolland) en un saludo que consiste en apoyar la mejilla contra el hombre de Rolland, rodearlo con su brazo derecho, en un beso que es "el beso de Santo Domingo y San Francisco" y, naturalmente, Mahatma Gandhi con su no-violencia, su pacifismo activo, su insomne combate contra los opresores de su patria y el más terrible soldado civil contra el imperialismo inglés y contra todos los im-

perialismos de Occidente. Jawaharlal Nehru, el tipo más europeo de todos los hindúes que se acercan a Villeneuve para visitar al solitario, futuro sucesor de Gandhi, educado en Cambridge y renunciante a sus funciones de abogado para ingresar en la No-Cooperación, aunque (es el 1º de mayo de 1927) se queja ante Rolland de ciertos aspectos de la política de Gandhi y anuncia la posibilidad de separarse del gandhismo, pues las clases populares, y él mismo, sin dejar de venerar a Gandhi, no creen ni ven que el Mahátmá sea lo suficientemente positivo en su programa para favorecerlos. Si Gandhi les predica la pureza de vida como remedio a su miseria, Nehru sostiene que la ayuda debe ser más directa, más efectiva, más radical y revolucionaria. Una revolución más política y económica, aunque menos mística y menos santa. "Por lo que puede juzgar", anota Rolland, "Nehru se ha alejado mucho, desde hace dos años, del lado religioso y moral de la doctrina gandhista, y ya no parece interesarle por su acción en el mundo. Está europeizado". Dejan también su estela C. F. Andrews, con el aire dulce y serio de un apóstol ("muchas veces pienso, al verlo, en uno de los primeros discípulos de Cristo"), nacido en las regiones altas de Escocia, pero desprecupado del drama de María Estuardo y de las gaitas de Botwell y radicado en la India desde 1903, amigo de Tagore, colaborador de Gandhi y lazo de unión entre uno y otro, y profesor en la Universidad creada por Tagore en Santiniketan. C. F. Andrews es el único testigo de la discusión sostenida por Tagore y Gandhi a propósito de los ídolos. Gandhi los defiende, "porque cree a la masa incapaz de elevarse inmediatamente a las ideas abstractas", en tanto Tagore no soporta que se trate al pueblo como a un niño, y en tanto Gandhi alega que en Euro-

pa se han logrado grandes ventajas con el ídolo-bandera, el poeta bengalí se opone con todas sus fuerzas a tales cursos. Gandhi trata de hacerle entrar en razón expresando que si en los ídolo-banderas europeos han águilas y otros símbolos semejantes, el suyo es una ruca. Luego Gandhi declara, defendiendo el nacionalismo, que es preciso pasar por él para elevarse al internacionalismo, lo mismo que hay que pasar por la guerra para llegar a la paz. "¡Terrible razonamiento!", escribe Rolland, anotando que ha sido esa la causa de que Gandhi trabajara en el reclutamiento de los ejércitos ingleses y que las veinte cartas escritas por C. F. Andrews para disuadirlo no dieran ningún resultado. Y añade: "Andrews aprueba mi comparación de Gandhi con San Pablo y de Tagore con Platón. Dice, sonriendo, que Gandhi es decididamente San Pablo".

Dejan también su rastro en las páginas de Romain Rolland el espíritu de Kalidas Nag, bengalés que estudia en París y portador del mensaje de sus amigos, consistente en manifestar que Juan Cristóbal es la primera obra europea que ha hablado directamente a los corazones indios, la única que es primeramente universal antes que europea; Mahadev Dessai, uno de los principales y "mejores" discípulos de Gandhi; Rajendra Prasad, el más enérgico de sus lugartenientes; Miss Magdalena Slade, Jagadis Chunder Bose, Ashokananda, suami y editor del *Prabuddha Bharata*, una de las grandes revistas de la Misión Ramakrishna en el Himalaya, Aurbindo Ghose, Brasanta Chandra Mahalanobis, y, naturalmente, Ramakrishna y Vivekananda. Todos ellos, aparte de los numerosos personajes hindúes de mayor o menor importancia, desfilan en India con el paso ora de los santos, ora de los combatientes, unas veces de

iniciados y otras de fanáticos religiosos de sus cultos que tienen la despótica exclusión de todo lo occidental y europeo.

El libro ha de producir alguna extrañeza, y no ha de ser la menor cuando el lector dé con las impresiones que Rabinadrath Tagore tiene de Hamlet: la tragedia de Shakespeare es el drama de un gran idealista que quiso realizar su deber por medio de la acción criminal, y que apenas ha participado, aunque sólo sea en intención, en el crimen, está arruinado; ha perdido, con su integridad, su fuerza y sus razones de vida, y este es, según Tagore, el drama de Gandhi. Sobre este paralelo Romain Rolland calla "mis observaciones personales, y me limito a anotar solamente las de Tagore", actitud que preferimos, al menos ahora, en la estrechez de una nota biográfica, adoptar también nosotros. No le falta, asimismo, su tono estupefaciente a la carta de Saumyendranath Tagore, sobrino del poeta, cuando encuentra semejanza entre el gandhismo y el hitlerismo... "Hitler quiere crear una "pura" cultura nórdica; lo mismo Gandhi quiere reemplazar la cultura occidental "neo-espiritual" por la cultura india "espiritual". Hitler ha prohibido los matrimonios entre judíos y alemanes; Gandhi, en una situación diferente, escribió contra los matrimonios mixtos y las comidas comunes entre hindúes y musulmanes. Hitler ha quemado libros y Gandhi ha quemado vestidos. Estos dos autos de fe tenían sus raíces en el terreno irracional y romántico de espíritus extremadamente primitivos y antisociales. El espíritu interior del gandhismo, a despecho de la profesión de no-violencia, es violencia pura y simple; y tanto el hitlerismo como el gandhismo están basados en el racismo". El sobrino de Tagore escribe esto en

noviembre de 1933 y todavía Hitler no ha dado aún todo lo que es capaz de dar... Pensando en la fecha de su carta es cómo puede en cierto modo disculparse al remitente, pero es inevitable a propósito del paralelo y las semejanzas que encuentra entre Gandhi y Hitler, que es como decir, en otras palabras, un santo y una bestia que ofende a las bestias, recordar las sutiles palabras de don Ramón Pérez de Ayala: "Caminar para adelante y caminar para atrás viene a ser lo mismo, sólo que es todo lo contrario".

Este anticipo de los entre siete y diez volúmenes que comprenderá el *Diario* de Romain Rolland es una bella contribución al conocimiento del evangelista francés. Todos los problemas indios están tratados en sus morosas y minuciosas quinientas páginas: cuestiones religiosas, sociales, esotéricas, esbozos biográficos, y, por encima de todo, la gran cuestión de la liberación política. Rolland fué sin duda el primer intelectual de Occidente que presentó a su mundo el mundo oriental, explicándolo y revelándolo, sino integralmente, en sus principales aspectos. India era una obra ansiosamente esperada y su publicación en castellano, en una excelente versión de Amparo Alhajar de Ortega Velarde, ha satisfecho la larga espera. El agradecimiento expresado por los editores a la señora María Romain Rolland cuenta con la adhesión de los fieles lectores del creador de *Liluli*, nunca tan firmes en el seminario romainrollandiano como en estos días en que suele decirse, con bastante atrevimiento, que Romain Rolland es una figura superada, siendo, en cambio, de una permanente y duradera actualidad.

Bernardo Ezequiel Korembit.

tesoro del bibliófilo

Esta sección sólo se propone registrar algunos hechos curiosos producidos en la caudalosa lírica nacional.

ANDATE

Ya no quiero que me expliques
ni que jamás te me humilles;
a mis pies no te arrodilles...
¡Por favor, no me supliques!
Es inútil que claudiques,
no creo en tu juramento.
Por tu culpa mi tormento
no tiene playas ni diques.
Andate, mujer villana,
de mi corazón tirana
como ninguna capaz,
que al contemplarte me espanto,
sin comoverme tu llanto
de cocodrilo tenaz.

JUSTO MARIA AGUILAR.

(De "Coro de Angeles", 1950, ciudad Eva Perón. La edición de esta joya bibliográfica incluye estampitas, figuras en colores recortadas y pegadas, hojas de papel celofán, clips de menús de lecherías y restaurantes y avisos de peinadoras, y una hoja suelta de papel secante con un soneto dedicado al lector, dejando una línea de puntos para el nombre del agraciado.)

*

A MIS AMISTADES

Hay un sello de verdad
que considero un tesoro,
porque vale más que el oro
el sello de la amistad.
Y como la obra presente
lleva ese sello bendito,
reciban lo que va escrito
con mi amistad especialmente.

BALTASAR TEJEIRO SANCHEZ.

(Prólogo de "La bendición, -mi tata", pasaje campero de ambiente patriótico, en verso, en un acto y un cuadro, con música de Miguel Calvello. Impreso en Buenos Aires en 1955. El autor reside en la quinta "El Sapito", Florencio Varela, F. C. N. General Roca.)

*

REFLEXIONES

Pensando en los que Dios ha
[condenado
no quiero al cielo entrar ni al paraíso,
ni gozar del Edén que el Señor hizo,
pues allí viviría atormentado.

Tan sólo a Dios sabemos elogiar,
mientras a Satanás lo detestamos,
mas... si al infierno casi todos vamos,
¿a quiénes querrá el Diablo perdonar?

JULIO ANSELMO RICA.

(De "Reflexiones", ciudad Eva Perón, 1952. El autor ha publicado, además, "Origen y Fundamentos de las Religiones", en 1947 (289 páginas) y "Creencias", 1950, 354 páginas y 32 ilustraciones.)

*

CAPRICHOS VANOS

Yo quisiera penetrar en tus entrañas,
e impregnarias de balsámica bondad,
porque a expensas del impulso tú te
[enseñas,
y te obstinas, aferrada a la maldad.
Es tan bello el vivir en armonía,
tan divino como un alba fosforescente,
pues tú tienes venerable idolatría,
en los besos del erotismo, tan ardiente.

DANIEL R. MONJE.

(De "Sinfonías en el Alma", poemas románticos, Buenos Aires, 1951. En el prólogo, el autor expresa, entre otros conceptos, que "Sinfonías en el alma" significa para mí la etapa ardua de mi existencia, y por eso será sublime, venerada e imborrable.")

*

INTERMEDIO QUIRURGICO

Rosa: La enferma que ha operado
a las cuatro de la mañana,
se halla muy animada
y el peligro conjurado.

No tiene temperatura,
normal la respiración,
el pulso ha mejorado;
late bien el corazón.

Su estado es excelente;
todo en ella mejoró.
Tan sólo sobre la herida
siente un pequeño dolor.

Luis: Me alegra inmensamente
esta noticia segura.
Salvada está una madre
que tiene 5 criaturas...

Luis Todini.

(De "Hacia el Destino", poema dramático en una introducción y tres actos, editado por "La Gaceta Impositiva". Buenos Aires, 1950.)

*

SELENE ES VERGONZOSA

La noche silenciosa y enlutada
va marchando al través del firmamento
y un astro le responde somnoliento
al saludo de su alma trasnochada.
La gélida aura de la madrugada
mi rostro azota con glacial aliento,
y en retazos de nubes, al momento,
envuélvese la luna, avergonzada.

Simón Romero.

(De "Mastra Coesha", prosa y verso, publicado en Buenos Aires en septiembre de 1950. El autor explica, en un prólogo de dos páginas en cuerpo menudo, "Por qué este libro no lleva prólogo".)

*

SALUD LEXICOGRAFICA

El día juzga en claro corolario
el esfuerzo del sol. Estremecidas
las gaviotas reveluan las vidas
son los nombres de un sano diccionario.

Armando de Vita y Lacerra.

(De "Facienda Espera", poesías, Buenos Aires, 1950.)

TESTIMONIOS

El Trabajo Forzado en los Estados Unidos

por Stetson y Kay Kennedy

(Continuación del número anterior)

EL SISTEMA DEL "COMMISSARY"

Tal como ya se dió a entender, y como lo prueban los documentos aujuntos, el sistema del *commissary* constituye la piedra angular de la esclavitud por deudas —peonada— trabajo forzado en los Estados Unidos. La *National Industrial Stores Association* cuenta con no menos de 4.200 miembros y los *commissaries* realizan anualmente una suma de un millar de dólares. Fuera de la agricultura, las industrias de la trementina, de la madera, textol, de conservas, del acero y de las minas han sido las más rudamente afectadas por el sistema del *commissary*.

Para una descripción autorizada de este sistema, podemos recurrir al informe de los debates del Congreso. Hace algunos años, hablando de la proveeduría de compañías, el representante de Michigan, Luecke, declaraba:

"Quisiera comenzar por decir que no se trata de una situación particular de una región... Muy por el contrario, se trata de una cuestión de importancia nacional... La entrega de una nota de crédito sobre la compañía es uno de los males que se desprenden de la proveeduría. En ciertos lugares, la compañía entrega notas de crédito en los días de pago, y estas notas son descontadas mediante dinero efectivo. El descuento va de un 5 % a un 25 %. El obrero toma esta nota de crédito y lo convierte en especies en la proveeduría de la compañía contra un descuento. También existen comunidades donde los negociantes independientes aceptan estos títulos y realizan, se sobreentiende, enormes beneficios.

"La paga de estos obreros, que en su mayoría son peones, es tan exigua que no les permite ser independientes, y es para ellos una necesidad econó-

mica el comprar en la proveeduría de la compañía. El informe que tuve el honor —o la vergüenza— de leerles, declaraba: "He comprobado que había centenares de obreros de aserraderos que no veían el dinero desde hacia años". En otro testimonio encuentro estos informes, sobre los cuales llamo su atención: "En una empresa, los trabajadores aseguraban que había tres obreros que no habían cobrado dinero en efectivo desde hacia quince años. Asimismo hemos encontrado un caso en que la compañía, durante dos años, no debió llenar ninguna formalidad de pago".

"Que la proveeduría de la compañía deba ser una especulación provechosa está claramente determinado por el testimonio de una comisión de la Cámara... Prácticamente no hay pérdidas por el crédito: por otra parte, es sabido qué papel desempeñan los créditos en la contabilidad de los minoristas... Los gastos generales de las proveedurías de las compañías son por otra parte menos elevados que los de las proveedurías independientes... Los precios mantenidos por las proveedurías de las compañías son del 10 al 37 % más elevados. Los obreros se alimentan esencialmente de harina, de papas, de maíz y de azúcar. Los demás artículos tales como el arroz, las conservas de legumbres, el tocino, el jamón, los huevos y la leche, sólo constituyen el 10 % de sus compras. Jamás comen carne fresca ni fruta."

La "nota de crédito" de que habla el representante Luecke se conoce entre los obreros bajo el nombre de "*tin money*", "*clacker*" y "*gugaloo*". Estos títulos de crédito consistían en bonos impresos y en discos de metal estampados, habitualmente distribuidos entre los obreros a manera de salario, y en lugar del numerario legal, hasta que esta práctica fué prohibida bajo el gobierno de Franklin Delano Roosevelt, en 1941. La escasa variedad de alimento ofrecida por los *commissaries* es el común origen de las enfermedades alimenticias, tales como la pelagra y el raquitismo.

El canto de los obreros negros de la trementina muestra el desprecio que tienen por el *commissary*:

*Dindn's Lazarus crap on the commissary counter,
And walk away,
Lord, Lord, walk away?
Captain told the High Sheriff go bring me Lazarus,
Dead or alive,
Lord, Lord, dead or alive.
The Judge give Poor Lazarus ninety years in Atlanta
For crapping in town,*

Lord, Lord, crappin in town¹.

Y se fué

Señor, Señor, y luego se fué.

El capitán le dijo al shérif: "Tráeme a Lazarus

Vivo o muerto,

Señor, Señor, muerto o vivo.

El juez le dió al Pobre Lazarus veintinueve años en Atlanta (la prisión)

Por haber escupido en la ciudad,

Señor, Señor, por haber escupido en la ciudad.

W.F.

Con menos elocuencia, un órgano de la *American Federation of Labor* publicado en Atlanta, Georgia, declaraba en un editorial sobre las "procedurías de compañías" que "el obrero industrial llega a conocer un sistema mediante el cual su hermano, el obrero agrícola, se ve privado desde hace varias generaciones de sus exiguas ganancias. Los *commissaries* de las plantaciones, más aún que las procedurías de empresas o de las compañías, han sido la gran barrera entre el trabajador y la independencia. Investigaciones dignas de confianza efectuadas por organismos gubernativos imparciales han revelado que el interés y las cargas se elevan al 10 % como mínimo y que los intereses que llegan al 50 y 60 % no son pocos".

En el mismo sentido, la *United Mine Workers Journal* hacía notar en un editorial: "La historia de la industria del carbón bituminoso está escrita con amarga letra de corrupción y de sufrimientos familiares, en razón de los presos despidados que aplican las procedurías de las compañías carboneras".

Los autores de este Memorándum personalmente han obtenido confesiones del encargado al frente del *commissary* del *Aycock & Lindsey Turpentine* de Croos City, en Florida, según las cuales los beneficios del *commissary* sobrepasan anualmente el 20 %. En el caso de un *commissary* de Alabama, organizado por un aserradero, la División de salarios del Departamento del Trabajo, comprobó que si bien el aserradero por sí mismo había perdido 1.000 dólares en el curso de uno de los últimos años, su *commissary* había realizado 7.000 dólares de beneficios.

La fuente de estos beneficios se debe en gran parte a que los obreros están forzados a comprar y forzados a pagar. Un símbolo del sistema por entero es aquel dedo del pie del negro linchado que se conserva en un frasco de alcohol en el mostrador de un *commissary* de Carolina del Norte.

¹ Lazarus escupió en el mostrador del *commissary*

Como se le preguntara si él personalmente mataría a un negro, el director del *commissary* respondió tras un instante de titubeo: "No... no, no lo haría. Salvo que me debiera dinero".

COMO SE COMPRAN HOMBRES

Ya hemos explicado de qué manera los plantadores norteamericanos podían, bajo la garantía del gobierno norteamericano, hacerse de un gran número de trabajadores con contrato enviando simplemente bonos nominales de 20 a 100 dólares por cabeza, bonos que eran reembolsados al regresar el inmigrante a su país. Sólo en el caso en que el trabajador importado abandonara su empleo y "se perdiera en medio de la naturaleza", el plantador se veía desposeído de su dinero. En el caso de los antillanos británicos, esta eventualidad estaba cubierta por una retención de 250 dólares sobre las ganancias individuales del obrero.

De análoga manera pueden proveerse de nativos americanos, en particular en la industria de trementina, donde, como lo dice el proverbio, es posible "comprar un negro comprando una deuda". Según este sistema, el director de un campo puede hacerse de peones suplementarios comprando las deudas que tengan en el empleo actual. Esta deuda es entonces simplemente transferida, agregando la suma del precio que se puede exigir (y que generalmente va de 15 a 100 dólares) para el transporte de los obreros a su nuevo trabajo. En muchos de los casos en que los obreros no tienen deudas, su empleador puede percibir una tasa por el traslado hasta el campo, si no han quedado más de un año con él; esta tasa deberá asimismo ser reembolsada por el nuevo empleador antes de cualquier autorización de transferencia. De la misma manera, si un nuevo empleador solicita sus servicios, puede ocurrir que se creen de cualquier manera deudas a un obrero: estas deudas deberán también ser reembolsadas por el nuevo empleador como precio de la compra del nuevo obrero.

EL ENCUBRIMIENTO DE LA AUTORIDAD

Si la servidumbre involuntaria en los Estados Unidos es mantenida especialmente por la intimidación y el terrorismo por parte, a veces, de los mismos propietarios y directores, las bandas organizadas como el Ku Klux Klan suelen también recurrir muy a menudo a los servicios de la policía.

En la mayoría de los casos, la acción de la policía se apoya en preten-

didias "leyes contra el fraude" votadas por los Estados del Sud. El estatuto típico ha sido adoptado en Florida en 1941 (Sección 817.09). "Siempre he considerado que los estatutos eran votados por los legisladores a pedido y para el beneficio de los directores de los campos de trementina, de los aserraderos y de los pequeños comerciantes que otorgan adelantos de créditos", declaró el District Attorney de Tampa, de Florida, Herbert S. Phillips, al reclamar la anulación de la ley en 1943 con el pretexto de que "era de doble empleo" con la Constitución norteamericana (lo que le intranquilizaba no eran las víctimas de la peonada que se encarcelaba porque rechazaban la servidumbre involuntaria: lo que temía era que "ciertos empleadores" fueran acusados ante los tribunales federales por esta peonada). El estatuto en cuestión decía:

"Toda persona de este Estado que, con intenciones nocivas o de fraude, aproveche de un contrato de trabajo o de una promesa de trabajo o de prestación de servicio para agenciarse u obtener dinero o cualquier otra cosa de valor a crédito o como adelanto, será declarada culpable de delito menor y, bajo pruebas, será castigada con multa no mayor de quinientos dólares o prisión no mayor de seis meses."

En 1943, la Corte Suprema de los Estados Unidos juzgó anticonstitucional el estatuto de Georgia, tras la acción iniciada por un hombre que había sido condenado a prisión por haber rechazado el pago mediante trabajo de una deuda de 19 dólares 50; y en 1944, igualmente la Corte consideró ilegal el estatuto de Florida, después del juicio iniciado por Emmanuel Pollock, del condado de Brevard, quien había sido condenado a dos meses de prisión por haber rechazado saldar mediante el trabajo una deuda de 5 dólares. Aunque se apartara de su camino atribuyendo a la legislación "ninguna intención de opresión", la Corte reconocía el derecho de un Estado de castigar el fraude, pero declaraba que "era necesario respetar las directivas constitucionales y estatuales según las cuales no podría ser imputado de crimen el rechazar trabajo para reembolsar una deuda... no podrá ser directa o indirectamente obligado a servicio involuntario, aún si hubiera sido voluntariamente contraída".

Aunque estas decisiones no sean aún conocidas en las fortalezas iletradas de los campos de trabajo forzado, los empleadores no dejaron de comprender que necesitaban una nueva arma legal para suspenderla sobre las cabezas de sus víctimas. No que la peonada haya continuado en la imposición, en el plano local, de especiosas acusaciones de fraude: continuó siéndolo. Pero hacía falta algo más, y desde entonces ese algo existe.

Tengo pruebas de que los explotadores de mano de obra forzada han descubierto un nuevo procedimiento, que consiste en exigir de sus empleados la entrega de cheques cubriendo los adelantos en dinero efectivo y los créditos abiertos. Estos cheques son considerados como la prueba de una tentativa de fraude, y se inician demandas en el caso de que el firmante del cheque parta sin reembolsar en dinero líquido o mediante su trabajo. En realidad, tales cheques no pueden dar lugar a demandas cuando puede demostrarse que el beneficiario tenía pleno conocimiento de que el firmante no poseía cuenta en banco; pero esto los firmantes lo ignoran y la peonada florece en la sombra de su ignorancia impuesta.

Aunque la Corte Suprema de los Estados Unidos haya sido suficientemente explícita en sus decisiones sobre los pocos casos de peonada que se elevaron ante ella, las prisiones y los campos de prisioneros del sud y de otras partes contienen millares de esclavos deudores convencidos de haber "defraudado" a sus patrones. Faltos de los recursos económicos necesarios para apelar ante la Corte Suprema, no les queda otro camino sino el de cumplir la pena. Pero si los jurados están dispuestos para convencer a los peones del fraude, no ponen el menor interés en convencer a un empleador de peonada. No se ha dejado de maniobrar sobre ésta falta de interés. El difunto "Coronel" H. L. Anderson, de Jacksonville, Florida, un abogado que defendió exitosamente un gran número de personas acusadas de "negreros" en el Estado, revelaba cierto día el secreto de sus éxitos. "Nunca me ocupé de las pruebas, fueran cuales fueran, decía. Me limité a elegir mi jurado y, por lo demás, dejar que actuara. Siempre obtuve la absolución. Una vez, después de un proceso, el primer jurado vino a mi encuentro y me dijo:

"—Bien lo sabía usted, Coronel Anderson, que no podíamos culpar al viejo Pickett de "negrero" únicamente porque empleó mano dura con algunos negros inservibles; para impedirles que lo plantaran así como así con sus deudas."

El método del Coronel Anderson era tan eficaz que cierto día le permitió obtener la condena de dos agentes del F. B. I. a penas de prisión por violación de propiedad, porque habían sido sorprendidos realizando una investigación sin estar autorizados (¡una vez no crea hábito!) en un campo de obreros de la trementina.

Aunque la Constitución norteamericana y las decisiones de la Corte Suprema garanticen a cada uno el derecho de pasar libremente las fronteras de los 48 Estados, cinco Estados del Sud votaron "Leyes sobre la inmi-

gración" cuya finalidad es, mediante derechos de licencia exorbitantes, impedir el reclutamiento de mano de obra fuera del Estado. El Estatuto de Florida adoptado en 1943 (Sección 205.39) exige el pago de un derecho de licencia de 1500 dólares en cada condado donde se reclute mano de obra extranjera. Las penas máximas previstas son de 5.000 dólares de multa y de dos años de prisión. El Estatuto de Texas, el Estado que en esta cuestión va más lejos, exige un derecho de licencia de 5.000 dólares para todos los condados en que se reclute mano de obra y un derecho igual para todos los condados por donde pase la mano de obra para alcanzar la frontera del Estado. Tal como lo hizo notar la Comisión del Trabajo Migratorio, "estas leyes están especialmente destinadas a proteger a los empleadores contra el riesgo de fuga de los obreros..."

En la práctica, las leyes sobre la inmigración sirven efectivamente para retener en un Estado un gran número de trabajadores agrícolas durante períodos en que podrían encontrar trabajo en otros sitios. Aunque los estatutos eximen específicamente de derechos al reclutamiento de mano de obra emigrante por los organismos federales, han sido sin embargo utilizados contra los dirigentes sindicales que reclutaban mano de obra a pedido de las oficinas de empleo norteamericanas y de la comisión de guerra de la mano de obra. Así es que Otis Nation, "Organizador" en Florida de la *United Cannery, Agricultural, Packinghouse and Allied Workers of America* (sindicato afiliado al C. I. O.) ha sido condenado a una pena de prisión en virtud de la Ley de Inmigración porque había contratado para la cosecha de tomates en New-Jersey, por cuenta del ejército norteamericano, obreros negros desocupados. En efecto, a pedido de las autoridades de Florida, el tren que transportaba a los negros fué detenido en Georgia y los obreros forzados a regresar a Florida. El Gobernador Spensard Holland (que ahora es senador) llegó a telegrafiar a un miembro de la comisión de guerra de la mano de obra, Paul McNutt, solicitándole que devolviera a Florida los negros conchabados en New-Jersey.

(Continuará en el próximo número)

PSICOLOGIA DEL RUMOR

por
GORDON W. ALLPORT y LEO POSTMAN

Un libro sorprendente, único en los anales de la bibliografía mundial, escrito por dos eminentes profesores de la Universidad de Harvard, EE. UU. El rumor, visto con ojos de psicólogo, nos presenta facetas que en la experiencia diaria no habíamos sospechado siquiera hasta la lectura de este libro.

Precio: \$ 30.—

EL AUTOANALISIS

por
KAREN HORNEY

Un libro guía, indispensable para los que quieren descubrir las fuerzas potenciales de su personalidad, escrito por uno de los grandes renovadores del psicoanálisis.

Precio: \$ 28.—

EL CEREBRO INFANTIL

*Los reflejos condicionados en el estudio
de su actividad*

por
N. I. KRASNOGORSKY

Un amplio material experimental, y una sólida fundamentación teórica, hacen que este libro interese tanto a los médicos-clínicos, psiquiatras, neurólogos, pediatras, como a los educadores y padres, pues abre un nuevo horizonte que permite acercarse, provechosamente, al delicado y complejo mundo del cerebro infantil.

Precio: \$ 35.—

PSICOANALISIS DEL HOMBRE NORMAL

por
GUSTAVE RICHARD

Adquirir plena conciencia de nuestra personalidad total, reducir el número de las reacciones neuróticas, o mal adaptadas, acercándonos cada vez más a lo normal, es la finalidad ampliamente lograda de este libro.

Precio: \$ 22.—

Solicite Catálogo General

EDITORIAL PSIQUE

Juncal 1131

Buenos Aires

EL PREMIO GONCOURT
MAS SENSACIONAL DE
LOS ULTIMOS AÑOS

48 Horas en Dunkerque

de ROBERT MERLE

La novela más vigorosa, humana
y desgarradora sobre la
última guerra

Es una novedad extraordinaria de
EDICIONES DEL PORTICO

Pídala en las buenas librerías

Distribuye
Editorial Bajel S. A.



Maipú 356
Buenos Aires

PRECIO DEL
EJEMPLAR \$ 5.-